

**UNIVERSIDAD DEL
ACONCAGUA**



FACULTAD DE PSICOLOGÍA

TESINA DE LICENCIATURA EN PSICOLOGÍA

***“LA POSMODERNIDAD IMPONE UNA
LÓGICA DEL CONSUMO QUE AFECTA LA
REGULACIÓN DE LO SIMBÓLICO”***

*LA DIFICULTAD EN LA REGULACIÓN DE LO SIMBÓLICO TIENE
SUS EFECTOS EN LA VIDA DEL PÚBER.*

Alumna: Chocrón, Melisa

Directora: Mgter. Funes, Marta

Mendoza, junio de 2012

HOJA DE EVALUACIÓN

Tribunal examinador:

Presidente:

Vocal:

Vocal:

Profesor invitado:

NOTA:

AGRADECIMIENTOS

Muchas Gracias!!

A mis padres por ser mis primeros y más importantes “maestros” de vida y por permitirme todo lo que hoy me es posible.

A mis hermanos por estar al costado mío en cada pasito, alentándome y ayudándome en todos los momentos. Por sus palabras y ejemplos. Porque hacen que los quiera cada día más.

A mis sobrinitos por tanto amor, juegos, sonrisas, bailes y ternura.

A mis amigas porque son las personas con las que elijo compartir mi vida, por su amor, comprensión, por estar siempre, por ser tan especiales para mí, por darme un lugar tan lindo en sus vidas.

A mis primas Tati y Eli por ser mis amigas, modelos, compañeras, por ofrecerme siempre su ayuda en este recorrido.

A Marta por su cariño y responsabilidad, por recibir y contener todas mis dudas, porque nos pudimos reír de los errores y de los aciertos en este camino.

A Susana por ayudarme a transitar este proceso.

A mis profesores por el compromiso y el respeto hacia la profesión, por ser mis guías que motivan e incrementan mi amor por la psicología.

RESUMEN

El objetivo del presente trabajo es investigar cómo hace un púber en la posmodernidad para arreglárselas con lo real que irrumpe en aquel momento, tomando en consideración que la pubertad es un momento de revisión de la posición respecto del deseo del Otro y que el Otro en la actualidad asume ciertas particularidades que repercuten en la constitución subjetiva, lo cual le plantea al púber nuevos desafíos frente a la irrupción pulsional.

Se plantea la hipótesis de que la obstaculización en la operatoria del Nombre del padre dificulta la simbolización de lo real de la pubertad.

Para contrastar dicha hipótesis se realiza un recorrido teórico que intenta articular pubertad y posmodernidad a partir de los conceptos psicoanalíticos aportados por S. Freud y J. Lacan en relación a la estructuración del psiquismo.

Posteriormente se analiza un caso clínico titulado “El paraíso ahora” que da cuenta de los posicionamientos sintomáticos y fantasmáticos que un púber, inserto en la cultura posmoderna regida por la ley del goce, puede realizar ante la irrupción pulsional que lo desestabiliza convocándolo a dar una respuesta singular que puede estar más del lado del deseo o del Mas allá.

ABSTRACT

The aim of this study is to investigate how does a pubescent in posmodernity to cope with real that breaks at the time, taking into consideration that puberty is a time to review the position regarding the desire of the Other and the Other in the currently assumes certain characteristics that affect the subjective constitution, which will plant the new challenges facing puberty the drive breakthrough.

It is hypothesized that the interference in the operation of the Father's name makes it difficult to the symbolization of the real of puberty.

To test this hypothesis, makes a route that attempts to articulate theory and postmodernism puberty from psychoanalytic concepts provided by S. Freud and J. Lacan in relation to the structuring of the psyche.

Then we analyze a case report entitled "Paradise Now" accounts for the symptomatic and fantasmatic positions a pubescent, inserted in a postmodern culture governed by the law of pleasure, you can drive to the eruption that destabilizes summoning to give a unique response may be more on the side of desire or beyond.

ÍNDICE

Título.....	2
Hoja de evaluación.....	3
Agradecimientos.....	4
Resumen.....	5
Abstract.....	6
Índice.....	7
Introducción.....	10

CAPÍTULO I: POSMODERNIDAD

I.1. ¿Qué entendemos por posmodernidad?	13
I.2. Desencantamiento de la Modernidad: Fin de las Utopías.....	15
I. 3.El Sujeto en la Posmodernidad.....	16
I. 4.Sociedad de Consumo.....	20
I.4.1. El vacío en la sociedad de consumo	22

CAPÍTULO II: PUBERTAD Y APARATO PSÍQUICO

II.1.Pubertad.....	24
II.1.1. ¿Quién soy yo?	24
II.1.2. Pubertad y adolescencia, ¿la misma cosa?.....	28
II.1.3. El proceso de duelo.....	29
II.1.3.1. Los duelos en la adolescencia.....	32

II.1.3.2. Desapego y desidentificación.....	33
II.2. Psiquismo: constitución y cambios en la pubertad.....	35
II.2.1. Constitución del aparato psíquico en Freud.....	35
II.2.2. El más allá del principio del placer, su relación con la pulsión.....	40
II.2.3. Complejo de Edipo según Freud.....	43
II.2.4. Metamorfosis de la pubertad.....	48

CAPÍTULO III: CONSTITUCIÓN SUBJETIVA

III.1. Alienación y separación.....	53
III. 2. Los tres registros.....	58
III.2.1. Registro Imaginario.....	59
III.2.2. Registro Simbólico.....	64
III.2.2.1. La estructura simbólica como un conjunto inacabado de significantes	64
III.2.2.2. La estructura simbólica como pérdida de goce.....	68
III.2.2.3. Metáfora paterna.....	70
III.2.2.4. Los tres tiempos del Edipo.....	73
III.2.3. Registro Real.....	75
III.2.3.1. Lo real como lo externo a la palabra	76
III.2.3.2. Lo real como lo que vuelve siempre al mismo lugar.....	79
III.2.3.3. Lo real como lo imposible lógicamente.....	80

CAPITULO IV: PUBERTAD Y POSMODERNIDAD, APORTES DEL PSICOANÁLISIS

IV.1. Una mirada psicoanalítica de la época actual.....	83
IV.1.1. Un empuje al goce.....	83
IV.1.2. El Otro que no existe	86
IV.2. Una mirada psicoanalítica de la pubertad.....	90
IV.2.1. El vacío en la pubertad.....	90
IV.2.2. Registros Lacanianos y Pubertad.....	93
IV.2.2.1. Registro real y pubertad.....	93
IV.2.2.2. Registro simbólico y pubertad.....	94
IV.2.2.3. Registro imaginario y pubertad.....	95
IV.2.3. La adolescencia como síntoma de la pubertad	97
IV.2.4. Pubertad y goce.....	99
IV.2.4.1. Confrontación con lo ya elegido: las maneras de gozar.....	101
IV.2.5 Pubertad y posmodernidad.....	102

CAPÍTULO V: ASPECTO METODOLÓGICO

V.1. Metodología.....	106
V. 2. Resumen del caso clínico “El Paraíso ahora”	107
V. 3. Análisis del caso.....	110
Conclusiones	119
Bibliografía	125

INTRODUCCIÓN

El objetivo de este trabajo es indagar los efectos de la lógica del consumo posmoderno en el registro simbólico de los púberes. Para ello se realiza en primer lugar un recorrido de la posmodernidad, destacando sus principales características y los cambios que se producen en relación a la modernidad con el objetivo de aportar una mirada a la subjetividad de la época y a los modos de padecimiento actuales; sin dejar por ello de lado la mirada a lo singular de cada sujeto, pero destacando la importancia que reviste la cultura que preexiste, rodea y trasciende a un sujeto en su constitución.

Luego se aborda la pubertad desde Freud para ello se toma la constitución del aparato psíquico que permite explorar como se estructura y desarrolla un sujeto y a partir de allí los conceptos de deseo inconsciente y pulsión, lo cual será ampliado con los textos de “Metamorfosis de la pubertad” y “Complejo de Edipo” que nos permitirán acercarnos a analizar que sucede a nivel inconsciente en la pubertad, para ver qué hay de nuevo y que hay de viejo en este tiempo; o en otras palabras que cambia y que se reedita, es decir que marcas de la constitución subjetiva orientan el camino en la pubertad.

Estos conocimientos serán ampliados en el tercer capítulo al abordar la constitución subjetiva desde las operaciones de alienación y separación de Lacan y posteriormente los tres registros que hacen a la realidad psíquica, enfatizando dentro del registro imaginario los conceptos de estadio del espejo, narcisismo y yo Ideal; en lo simbólico la metáfora paterna, es decir el entrecruzamiento de la cultura con lo particular y a partir de allí como la ley

produce un deseo que acota lo pulsional que se articulará con el registro de lo real abordando la repetición e insistencia pulsional.

En el cuarto capítulo se realiza una articulación entre pubertad y posmodernidad tomando aportes de autores contemporáneos de orientación Lacaniana para explorar de qué modo un púber se las arregla con este real que irrumpe en la pubertad ante las condiciones impuestas por la cultura posmoderna entre las que se destaca el cambio en la concepción de la autoridad y la ley simbólica que acompañan a la caída de la imago paterna.

Se tratará de analizar qué respuesta puede encontrar hoy un púber ante las preguntas fundamentales que surgen en aquel momento: ¿quién soy? y ¿cómo hacer con el goce? en una cultura que ordena a gozar sin parar y a taponar la causa del deseo a través del consumo compulsivo de objetos impuestos por el mercado.

Finalmente se realiza una articulación entre los conceptos estudiados y un caso clínico.

CAPITULO I

POSMODERNIDAD

I.1 ¿Qué entendemos por posmodernidad?

La posmodernidad es la edad cultural que se extiende desde la segunda mitad del siglo XX hasta la actualidad y es correlativa a la denominada sociedad de consumo "*Soy lo que tengo*". Dicha edad de la cultura se correspondería con la sociedad postindustrial, también llamada capitalismo tardío (Lyotard, 1979).

Obiols, (1995) señala que este tipo de sociedad se caracteriza por un notable desarrollo de las fuerzas productivas a través de la automatización y la cibernética, la producción se realiza en pequeñas series y por lapsos breves de tiempo, y hay una profunda modificación en la composición de las clases sociales.

Lyotard, (1979) indica que esta sociedad se caracteriza por la caída de ideales, grupos de pertenencia y reglas universales, relaciones líquidas, soledad, un sentimiento de vacío generalizado ante la propia vida, culto al cuerpo y a la imagen, donde se proclama imaginariamente que la felicidad total es posible y que la vía para alcanzarla es el consumo.

Por lo tanto en la posmodernidad se trata de una nueva lógica en el centro de la escena: la del mercado de consumo.

Esta lógica que se impone presenta sus ambigüedades Lipovetsky, (1996) en "El imperio de lo efímero" señala que hoy las personas están más informadas aunque más desestructuradas, son mas adultas pero más inestables, menos ideologizadas pero más tributarias de las modas, más abiertas pero más influenciables, menos extremistas pero más dispersas, más realistas pero más

confusas, más críticas pero más superficiales, más escépticas pero menos meditativas.

Se considera que la posmodernidad solo puede comprenderse por referencia a lo que se denomina “modernidad”, ya sea que se la considere como su *contrapartida*, como su *continuidad* o su *superación*.

La modernidad se refiere al mundo social y cultural construido en Europa en los últimos 500 años que se expande al resto del mundo producto de la Globalización. (Ander-Egg, 1998)

(Obiols, 1995) señala que la modernidad se había gestado en las ciudades comerciales europeas en los siglos XVII y XVIII en donde se desarrolla el capitalismo (capitalismo incipiente) como modelo de acumulación y la burguesía como sujeto social.

Se asiste a un progreso científico y tecnológico plasmado en la producción en masa de las fábricas, que lleva a la concentración del capital y en consecuencia a la estratificación de la estructura social.

Es la edad social que se corresponde con el iluminismo, los ilustrados otorgan un valor central al “Progreso” de carácter universalista y racional, confiaban en un futuro mejor que se iba a conseguir a través del desarrollo de las ciencias.

Políticamente es el momento de conformación de los estados-nación y la ciudadanía, de esto se deriva identidades colectivas con sentido de pertenencia, había una fuerte intervención estatal en la vida de sus ciudadanos (estado Benefactor).

La modernidad se caracterizó por una modalidad de ordenamiento y control que generó una sociedad integrada y cohesionada.

Es una época marcada por los grandes relatos con certeza ideológica, por lo que la gente luchaba y trabajaba por construir un futuro colectivo y un mundo mejor.

I.2 Desencantamiento de la modernidad: fin de las utopías:

Hacia fines del siglo XIX desde la filosofía se comienzan a criticar las ideas modernas. El surgimiento del psicoanálisis y la incapacidad de saberlo todo, incluso sobre nosotros mismos, y por otra parte Nietzsche y su conocida frase "*Dios ha Muerto*" que implicaba la ausencia de respuestas abarcadoras como antiguamente otorgaba la idea de dios, son los primeros indicios de que la razón no puede dar explicación a todo lo que ocurre en la vida del sujeto y la sociedad (Sikic, 2011)

Esto implica una caída de los grandes relatos en la posmodernidad, es decir de las explicaciones globales a los fenómenos de la naturaleza y el hombre, que otorgaban un marco de referencia sólido y confiable al sujeto. Ya no hay instituciones que no caigan bajo la duda, no hay certeza ideológica, una verdad absoluta o una ética universal.

Para Lipovetzky (1986) la sociedad posmoderna se establece en contra de los principios futuristas de la modernidad, se disuelve la confianza y fe en el futuro, nadie cree en la revolución y el progreso, la sociedad es la que es y a nadie se le ocurre cambiarla, la gente quiere vivir en el aquí y ahora por eso la

adolescencia es el ideal de vida; es como si se postulará en la cultura “*A divertirse que se acaba el mundo*”.

No se pretende hacer un juicio de valor y connotar de forma negativa a la posmodernidad, simplemente dejar sentado el gran cambio que se produce en el pasaje a dicha edad cultural en cuanto a los ideales, el concepto de verdad y los sentidos compartidos y analizar qué consecuencias se derivan de ello.

I.3 El sujeto en la posmodernidad:

“Cruzando solo el desierto, transportándose a sí mismo sin ningún apoyo trascendente, el hombre actual se caracteriza por la vulnerabilidad”. (Lipovetsy, 1986, p. 46)

Cada uno exige estar solo, sin compromiso ni ataduras más allá de sí mismo y simultáneamente no se soporta a sí mismo, así el sistema engendra un deseo imposible, que, una vez conseguido resulta intolerable.

“La Bulimia de sensaciones, de sexo, de placer, no esconde nada, y aun menos el abismo de sentido abierto por la muerte de Dios” (Lipovetsky, 1986, p. 37.)

En la vida cotidiana observamos comportamientos hiperquinéticos y compulsivos donde el sujeto busca llenar ese vacío estructural, vacío que hoy está en todas partes, en la cultura, en la política, en el orden social y que la lógica del consumo intenta fallidamente ocultar.

Este movimiento no es sin consecuencias, el auge de patologías como: el trastorno por déficit de atención con hiperactividad en los niños, las

depresiones, patologías del espectro bipolar, los trastornos de alimentación, la violencia, los pasajes al acto, ataques de pánico, fenómenos psicosomáticos y adicciones son solo algunas secuelas del sistema de acumulación. Si bien podemos ver que estas patologías siempre existieron, adquieren singular magnitud en este fin de siglo.

Podemos entender estas patologías como síntomas posmodernos que denuncian el sufrimiento subjetivo frente a lo promovido por la cultura, es decir, la incertidumbre, desprotección, crisis en la identidad y en las relaciones humanas (superficialidad), hedonismo, narcisismo, y consumismo.

Lipovetsky, (1986) señala que el auge del narcisismo en la posmodernidad es consecuencia y manifestación del *proceso de personalización* el cual es descrito como una nueva lógica que reorganiza la sociedad orientando los comportamientos por el mínimo de coacciones y represiones y el máximo de elecciones privadas posibles, esta lógica habilita el tiempo libre, legitima el placer, el relajamiento, el humor, siendo el valor fundamental la realización personal.

El individuo reduce la libido puesta en el afuera, es decir en los otros sociales y vuelca mayoritariamente la libido hacia sí mismo en busca de su bienestar. Cada uno vuelca sus energías en gestionar de la mejor manera su capital estético, afectivo, psíquico, libidinal, para lograr la realización personal.

Tener relaciones interindividuales sin un compromiso profundo, no sentirse vulnerable, desarrollar la propia independencia afectiva, vivir solo, ese sería el perfil de Narciso.

"Cada cual vive en su Bunker de indiferencia a salvo de sus pasiones y de los otros".
(Lipovetsky, 1986, p.77).

El autor observa también un narcisismo colectivo, esto quiere decir que “nos juntamos porque nos parecemos o porque tenemos los mismos objetivos inmediatos”, así concurrimos a: agrupaciones de padres de hijos homosexuales, de alcohólicos, de madres lesbianas, entre otros, lo que nos indica que la necesidad de agruparse con seres idénticos conforma las redes relacionales en la posmodernidad.

El narcisismo también se manifiesta en los modos de comunicación actuales: nadie está interesado por la profusión de la expresión, con una importante excepción: el emisor o creador, esto implica la primacía del acto de comunicación sobre la naturaleza de lo comunicado, la indiferencia por los contenidos, el emisor convertido en principal receptor.

Asistimos a una paradoja en el ámbito de las comunicaciones interpersonales, que en realidad no lo es, porque estamos refiriéndonos a distintos niveles lógicos, la tecnología fomentaría más posibilidades de comunicación y encuentro pero esto es en un nivel concreto de análisis, a un nivel más abstracto vemos que ocurre lo contrario ya que estos “encuentros” que la posmodernidad promueve son ocasionales, sin compromiso, ligth, para no tener la posibilidad de herir ni disturbar al sujeto.

(Lipovetsky, 1986, p.78) indica al respecto:

Cuanto más la sociedad desarrolla posibilidades de encuentro, más solos se sienten las personas; más libres, las relaciones se vuelven emancipadas de las viejas sujeciones, más rara es la posibilidad de encontrar una relación intensa. En todas partes encontramos la soledad, el vacío, la dificultad de sentir, de ser transportado fuera de sí, de ahí la huida

hacia delante en las experiencias, que no hace más que traducir esa búsqueda de una experiencia emocional fuerte. ¿Por qué no puedo yo amar y vibrar? Desolación de Narciso, demasiado bien programado en absorción en sí mismo para que pueda afectarle el otro, para salir de sí mismo y sin embargo insuficientemente programado ya que todavía desea una relación afectiva.

El narcisismo también repercute en la vida política, en donde vemos un gran cambio ya que antes se sumergía al individuo en reglas fijas y estandarizadas que ahogaban toda particularidad; en cambio en esta nueva lógica las instituciones se modelan en base a las aspiraciones de los individuos que la conforman.

Ya ninguna ideología política es capaz de entusiasmar a las masas, la sociedad posmoderna no tiene ni ídolo ni tabú, ni tan solo imagen gloriosa de sí misma, ningún proyecto histórico movilizador, estamos ya regidos por el vacío, un vacío que no comporta, sin embargo, ni tragedia ni apocalipsis. (Lipovetsky, 1986, 66)

Por lo tanto el proceso de personalización genera el vacío, una subjetividad sin finalidad ni sentido trascendente, un individuo cada vez más ¿libre? en cuanto a responsabilidad y compromiso social y político; pero más sujetado a los valores posmodernos, es decir a la realización personal, a la felicidad a través del consumo compulsivo.

En este contexto no hay leyes universales que orienten la conducta y la vida de las personas, hay un exceso de permisividad y libertad; ante esta realidad cabe preguntarnos qué consecuencias trae esta fragilidad del ámbito legal en la vida de un sujeto y una sociedad, que efectos específicamente tiene en el proceso de

crecimiento del púber quien ya no cuenta con un marco de referencia único y sólido para orientarse en la vida

I.4. Sociedad de consumo:

Sociedad de consumo es un concepto utilizado en economía y sociología, para designar al tipo de sociedad que se corresponde con una etapa avanzada del desarrollo industrial capitalista y que se caracteriza por el consumo masivo de bienes y servicios, disponibles gracias a la producción masiva de los mismos.

Podemos ver que la sociedad posmoderna como la venimos caracterizando no es el más allá del consumo, sino su extensión hasta el ámbito privado.

“Estamos destinados a consumir aunque sea de distinta manera, cada vez más objetos e informaciones, deportes y viajes, formación y relaciones, música y cuidados médicos”.
(Lipovetsky, 1986, p.77)

Surge la pregunta ¿Quién consume a quien?

El consumo compulsivo que la posmodernidad promueve afecta la vida de los sujetos que son llevados al consumo de la propia existencia en un recorrido sin fin que se realiza con el propósito de dar con el supuesto “objeto de deseo” que el mercado ofrece. En lugar de eso se encuentra con que “no era eso lo que quería” y busca otro, y otro, y otro; en un deslizamiento permanente a través de los distintos objetos del mercado que no cesa de no completar al sujeto.

Una de las áreas en la que el consumo se ha acelerado es en lo referido a todos los productos destinados a “mejorar” o “embellecer” nuestro cuerpo, ya que

tener el cuerpo correcto se anuncia como la manera de encajar en el mundo de hoy. (Orbach, S. 2010).

Estamos en constante remodelación de nuestro cuerpo en busca de un ideal ya que vemos, valoramos y significamos a nuestro cuerpo en función de cómo la cultura en la cual estamos insertos lo hace, en consecuencia aspiramos a tener el cuerpo que el medio propone como el "deseable".

En la creencia de que el cuerpo es casi por entero modificable los sujetos caen presos de diversos sectores de la industria y de ciertas prácticas que aumentan la insatisfacción con el propio cuerpo activando un círculo vicioso de insatisfacción corporal-consumo de solución corporal mágica- fracaso de la solución salvadora y nueva insatisfacción.

En este circuito es donde hace su aparición el mercado, proponiendo soluciones mágicas e instantáneas a la permanente insatisfacción del sujeto, que dada las características revisadas tiende a "pisar el palito" y caer víctima de las ilusión consumista.

Surge la pregunta acerca de cómo enfrentará un púber en la posmodernidad los cambios impuestos, incontrolables y asincrónicos que vive en su cuerpo, a la mirada social que no ve como deseable a un cuerpo desproporcionado que no pertenece al ideal social.

I.4.1. El vacío en la sociedad de consumo:

“Si al menos pudiera sentir algo”: esta frase traduce la nueva desesperación que afecta a un número cada vez mayor de personas.

Vemos como los ideales que se proclaman en la posmodernidad como el narcisismo, la libertad individual, las relaciones superficiales, la caída de las ideologías y de la ley en general promueven un vacío que tiende a ser llenado sin mediación del pensamiento, sino con lo que está más cerca y más fácil: los objetos del mercado, sin demasiado tiempo para la reflexión o el discernimiento particular de lo que cada cual necesita o desea hacer con su vacío.

Hoy vivimos una época de satisfacción del capricho inmediato; el famoso “llame ya” del mercado, lo que empuja a satisfacciones pulsionales instantaneas, no dejando lugar a la espera, el pensamiento, *el símbolo* o la duda.

Por lo tanto lo que está afectado en la posmodernidad es la capacidad de pensar y actuar en función de la reflexión lo cual podemos asociar con la caída de las certidumbres y verdades absolutas que otorgaban una supuesta seguridad al hombre moderno, hoy ante la ausencia de un marco legal claro dicha “supuesta” seguridad es “mal” en la satisfacción inmediata, retroalimentando la insatisfacción del individuo.

CAPITULO II

PUBERTAD

Y

APARATO PSÍQUICO

II.1 PUBERTAD

II.1.1. ¿Quién soy yo?

Porque yo ya no

N i mi casa es ya mi casa

Federico García Lorca

Estos versos son ilustrativos de una pregunta que se reitera en la pubertad: ¿Quién soy Yo? ¿Acaso soy este cuerpo que crece en forma desproporcionada? ¿Esa voz que cambia sin mi participación? ¿Este pene que eyacula sin permiso? ¿El dolor de mi menarca? ¿Estos senos que crecen y se ofrecen seductores a la vista de los hombres por lo que intento ocultarlos? ¿O soy el cuerpo liso, armónico, bisexuado, de voz añorada “casi” igual al otro? (Wainztein y Millán, 2000)

Esta pequeña introducción nos permite ver que de lo que se trata en la pubertad es de “cambios”, que llenan al púber de preguntas para las cuales no encuentra ninguna respuesta que lo satisfaga.

Cambios que se inscriben en forma singular y única en cada sujeto púber por lo que no hablamos de “la” pubertad sino de cada púber en particular. Cada uno

va a tener que ver cómo hacer con eso que irrumpe, como arreglárselas con lo nuevo, lo desconocido.

En este sentido es que las llamadas “conductas de riesgo” tan mencionadas en la pubertad, las podemos pensar como búsquedas salvajes que intentan responder a las infinitas preguntas que surgen, ¿quién soy?, ¿cómo hacer con esto nuevo que irrumpe?, ¿qué tratamiento darle a todos esos cambios?

¿Pero cuáles son los cambios que acontecen en la pubertad?

(Freud, 1905) en “Metamorfosis de la Pubertad ” señala que en la pubertad se produce el crecimiento de los genitales externos y el desarrollo de los genitales internos que dejan listo el aparato sexual para poder usarse el cual es activado con la excitación sexual.

Consecuentemente la pubertad aparece determinada por la condición biológica de haber adquirido madurez genital y capacidad para la reproducción.

Es en este sentido que Imbriano, (2003) señala que el término pubertad deriva de “pubis” que significa bozo y vello pubiano, ambos signos de que alguien devino apto para la reproducción.

¿Ahora bien cómo un sujeto deviene apto para la reproducción? , ¿qué acontecimientos se dan a nivel corporal que la hacen posible?

Garzuzi, (2008) indica que la activación de las hormonas gonadotróficas produce el estímulo fisiológico necesario para la modificación sexual, como consecuencia de la activación de estas hormonas y de la hormona del crecimiento se producen óvulos y espermatozoides.

Se desarrollan los caracteres sexuales primarios y secundarios y ocurren modificaciones fisiológicas generales como aumento de peso, cambios de tamaño y proporciones del cuerpo.

Los caracteres sexuales primarios se refieren al desarrollo y crecimiento de los genitales.

Para hablar de caracteres sexuales secundarios tenemos que hacer una distinción por género ya que hasta la pubertad el desarrollo de niños y niñas seguía caminos paralelos, pero en este periodo comienzan a verse cambios diferentes por sexo.

Principales caracteres sexuales secundarios en el varón:

- Aparece la capacidad para eyacular.
- Primeras Poluciones nocturnas.
- Crecimiento del vello corporal, púbico y axilar.
- Aumento de tamaño de escroto y pene.
- Voz más grave.
- Desarrollo de forma masculina de caderas.
- Ensanchamiento del tórax y hombros.
- Más masa muscular y fuerza física.

Principales caracteres sexuales secundarios en la Mujer:

- Menarca (Primera Menstruación)
- Maduración de pechos
- Redondeamiento de caderas, ensanchamiento de pelvis y achicamiento de cintura.
- Crecimiento de vello axilar y pubiano.
- Más grasa subcutánea.

Es decir que lo central de la pubertad estaría en los cambios a nivel físico, pero Freud, (1905) en su texto "Tres ensayos de una teoría sexual" nos indica que los cambios de la pubertad son de naturaleza física y sexual, pero que estos son acompañados por cambios psíquicos concomitantes.

Por lo tanto a partir de la lectura de los textos de Freud sobre el tema de la pubertad encontramos que en ningún momento se refiere a adolescencia, sino que utiliza el vocablo pubertad para referirse tanto a los cambios físicos como psíquicos concomitantes que acontecen luego del periodo de latencia.

II.1.2. Pubertad y adolescencia, ¿la misma cosa?

Freud no hace una distinción entre adolescencia y pubertad, y en nuestra cultura es frecuente equiparar ambos términos, sin embargo varios autores contemporáneos plantean que son diferentes.

(Garzuzi, 2008) indica que la pubertad señala las manifestaciones físicas de la maduración sexual y se acompaña de un proceso psicológico de elaboración de esos cambios que se denomina adolescencia, por lo tanto según este autor:

Pubertad: Designa las manifestaciones físicas de la maduración sexual.

Adolescencia: Califica los procesos psicológicos de adaptación a las condiciones de la pubertad.

En este sentido Tizio (citado en Recalde, 2008) plantea introducir una diferencia entre la adolescencia como categoría social normativa y la pubertad, que se refiere a un momento de cambio real, refiriéndose con ello a las modificaciones que acontecen en el cuerpo biológico.

En el mismo texto señala que:

La adolescencia como categoría social define una franja de edad variable según los tiempos y culturas y no puede tomarse como categoría universal y homogeneizadora pues se configura a partir de un horizonte normativo. Es por eso que cada vez más se tiende a hablar de la misma en plural, las adolescencias. (p.123).

Entonces al comparar ambos términos notamos que el vocablo pubertad no reviste demasiadas variaciones en su uso, en casi todos los casos alude a las variaciones en el cuerpo; en cambio el término adolescencia adquiere una significación relativa según cada cultura y momento histórico. Es decir depende de un sistema simbólico previo que determina cuándo, qué, y cómo se es adolescente.

II.1.3. El proceso de duelo:

A partir de lo visto podemos entender la pubertad como un momento caracterizado por cambios en el cuerpo, en el modo de ser, en la forma de verse y ser visto, en donde se dejan identificaciones “viejas” y se apropia de otras nuevas; en síntesis se trata de una nueva organización física y sexual que conlleva cambios psicológicos y sociales.

En este sentido Tizio, (2008, p126) agrega que:

Freud hablaba de pubertad para señalar un momento de la vida donde la aparición de un nuevo quantum pulsional desestabiliza la resolución lograda por el sujeto en la infancia. Esto implica cambios en el cuerpo, en la imagen, en la relación con el otro, en el régimen de satisfacciones.

Todo esto hace necesario pensar a la pubertad como un periodo muy ilustrativo de duelo, ya que todo cambio implica una pérdida a la vez que una posibilidad,

ya que en la medida que estos duelos puedan elaborarse el púber logrará separarse de aquellos objetos perdidos para poder ligarse a otros.

Moujan, (1986) en su libro "Abordaje Teórico y Clínico de la adolescencia" se refiere al *Duelo* como un proceso consciente e inconsciente ante la pérdida de un objeto, en donde no solo la pérdida es importante por el objeto en sí, sino por las fantasías inconscientes ligadas al mismo y las partes propias proyectadas en este.

Es importante puntualizar que el adolescente no es solo sujeto de duelo, sino objeto de duelo de los padres, ya que al romper con la filosofía de vida de aquellos, estos viven la des-ilusión de los hijos que no son como ellos querían.

"Efectivamente el adolescente es el hijo desconocido que viene al lugar del niño conocido. Esto angustia a los padres pues lo familiar se transforma en extraño". (Tizio, 2008, p.126)

Moujan, (1986) señala que en la pubertad el duelo se centra en el cuerpo, prima la rabia y persecución; la persona muestra una conducta predominante pasiva y recurre a defensas más primitivas. Es un periodo de rechazo a la situación donde el sujeto trata de recuperar el objeto y se queja de lo acontecido. Es decir es la etapa de "Negación" del Duelo.

A los 15 años según el autor el duelo se realiza en torno a la identidad sexual, aparece la desesperación por la vivencia de vacío identificadorio, hay conciencia de haber perdido algo que deja un agujero y provoca tristeza.

Ya no todo es posible, esto significa que se está elaborando el duelo por la bisexualidad y saliendo de una posición infantil, que conlleva la resolución del complejo de Edipo lo que supone perder el vínculo edípico con los padres y

asumir la rivalidad con los otros por el nuevo objeto de amor e interés (la propia pareja).

Finalmente en la adolescencia tardía el duelo (en algunos casos) alcanza su culminación cuando la desesperación se va convirtiendo en soledad. Las ayudas para elaborar el duelo, entre los cuales podemos mencionar los rasgos de carácter, la omnipotencia, las pandillas no se tienen más por lo menos sin conflicto. Aparece la aceptación, es una fase de separación o desapego en la que se acepta deprimirse e iniciar nuevos vínculos. Es decir se renuncia al objeto y se produce la adaptación a la vida sin él, permitiendo el apego a nuevos objetos.

El duelo se torna patológico cuando se queda en la primera, segunda etapa o en un como si de aceptación y ante cualquier prolongación y rigidización de conductas transitorias.

En estas circunstancias en donde se aspira al todo, a lo viejo y a lo nuevo, vemos como no se puede nada, ya que al no poder resignar algo hay una parálisis en la elección.

II.1.3.1. Los duelos en la adolescencia:

Aberastury (1974) indica que el adolescente tiene que superar tres duelos fundamentales para convertirse en adulto:

1. El duelo por el *cuerpo infantil* perdido, que se impone al púber. sin que pueda elegir o dominar los cambios, tiene que atravesarlos, no hay opción frente a este real que irrumpe. Ante lo que si puede elegir es con respecto a cómo posicionarse frente a estos cambios, cómo responder a ellos.
2. El duelo por el *rol y la identidad infantiles*, que lo obliga a una renuncia de la dependencia y a una aceptación de responsabilidades.
3. El duelo por los *padres de la infancia*, duelo por sus figuras idealizadas e ilusorias a las que persistentemente trata de retener en su personalidad buscando el refugio y la protección que ellos significan. Duelo que se complica por la actitud de los padres quienes como hemos indicado también atraviesan un proceso de duelo.

La autora añade un cuarto duelo por la pérdida de la bisexualidad de la infancia en la medida en que se asume la posición sexuada, lo que implica que no se puede ser hombre y mujer, hay que elegir, lo que conlleva la pérdida de algo, resignar el todo, asumir la castración. Esta es la pérdida fundamental de la cual se derivan las demás.

II.1.3.2 Desapego y desidentificación:

Es importante aclarar que este tema será abordado siguiendo a Fernandez Moujan quien va a referirse a la "identidad" de las personas. Desde el psicoanálisis francés hablamos de identificaciones no de identidad ya que el yo no es una unidad completa, sino una ilusión, un conjunto de identificaciones que velan la falta. Salvando esta diferencia parece enriquecedora para esta tesina los aportes del autor en torno a los conceptos aportados.

Moujan, (1986) considera a la adolescencia como un momento de búsqueda de la identidad, búsqueda que parte de un vacío que articula con dos "tareas" fundamentales que tiene que resolver para llegar a la nueva identidad: el desapego y la desidentificación.

El *desapego* se refiere a la necesidad de tomar distancia del mundo externo que provoca un incremento de la interioridad en donde lo concreto deja de ser fuente de identidad, hay una tendencia más a ser que a tener.

Íntimamente relacionado con el desapego el autor señala que el yo tiene la tarea de desidentificarse de aquellas identificaciones primarias infantiles que lo llevan al trabajo de elaboración edípica.

Tras esta desidentificación de lo infantil (de la posibilidad de completud) e identificación con nuevos objetos, se revela un vacío identificatorio, núcleo de la nueva identidad.

Es decir las viejas identificaciones no lo "nombran mas", las nuevas todavía no aparecen, entonces lo que hay es un vacío, que si es tolerado permitirá nuevas identificaciones no defensivas, sino que tendrán que ver con ese sujeto.

Cuando esto no es tolerado, aparecerá el "es preferible ser cualquier cosa antes que nada", entonces el sujeto se vestirá de las identificaciones defensivas que

encuentre a su alrededor que no tendrán que ver con él, pero que le servirán de amuleto frente a esta situación. De aquí la importancia de las “juntas” en esta edad, sabiendo que el púber se tiende a identificar más con el grupo de pares que con la familia en este momento de su vida, en donde está también tramitando el desasimiento de la autoridad parental.

II.2. PSIQUISMO: CONSTITUCIÓN Y CAMBIOS EN LA PUBERTAD.

II.2.1. Constitución del aparato psíquico en Freud:

Freud en el Proyecto de Psicología (1950 [1895]) explica la constitución del aparato psíquico a partir de la primera experiencia de satisfacción y la primera experiencia de dolor que tienen las más profundas consecuencias para el desarrollo del individuo.

En el capítulo Siete de la Interpretación de los sueños Freud (1900-1901) manifiesta que el aparato psíquico obedeció primero al principio de constancia, esto es al afán de mantenerse en lo posible exento de estímulos y por eso en su primera construcción del aparato psíquico adoptó el esquema del aparato reflejo o esquema del peine que le permite al individuo descargar una excitación por vía motriz.

Pero más tarde Freud al percatarse de que el apremio de la vida asedia con grandes necesidades corporales perturbando esta simple función agregó otro principio que van a regir en el aparato psíquico: el principio de realidad, permitiendo la constitución y complejización del psiquismo.

¿Cómo hace el bebé para satisfacer sus necesidades corporales?, a partir de este interrogante desarrollaremos la constitución del aparato psíquico según Freud.

El bebé nace en un estado de prematuridad, endeblez e indefensión, esto quiere decir que, a diferencia de los animales, no puede procurarse la vida por sí

mismo, entonces va a necesitar de Otro. El desamparo, la prematuración le dan a ese Otro su lugar inolvidable.

Freud, (1950, [1985]) en “El Proyecto de Psicología para neurólogos” se refiere a un Otro prehistórico e inolvidable, que puede ser la madre o cualquiera que lleve a cabo la acción específica, es decir una suma de acciones que culminan en la satisfacción de la necesidad, cancelando el estímulo endógeno que dio lugar a la necesidad del bebé y lo expresa en dicho texto de la siguiente manera:

El organismo humano es al comienzo incapaz de llevar a cabo la acción específica. Esta sobreviene mediante auxilio ajeno: por la descarga sobre el camino de la alteración interior, un individuo experimentado advierte el estado del niño. Esta vía de descarga cobra así la función secundaria, importante en extremo del entendimiento {Verstandigung; o comunicación} (Freud 1950[1895] p.362)

Este Otro interpreta desde su lógica (cultura) la necesidad biológica del bebé comunicada mediante su descarga motriz (llanto, pataleo), y lo asiste, esto hace que no haya un acople perfecto entre lo que el bebé necesita y lo que el Otro le da, al mismo tiempo que algo colma, algo no llega, así se establece la primera experiencia de satisfacción y su contrapartida la primera experiencia de dolor que estructuran el aparato psíquico.

El total de esta experiencia constituye una vivencia de satisfacción, un componente fundamental de esta vivencia es una cierta percepción (la alimentación por ejemplo en el caso del niño que llora por hambre) cuya

imagen mnémica queda asociada a la huella que dejó la excitación producida por la necesidad.

La próxima vez que sobrevenga la misma necesidad producirá una moción psíquica que querrá repetir aquella percepción enlazada con la satisfacción de la necesidad vía la alucinación.

Una moción así es lo que Freud llama deseo, la reaparición de la percepción es el cumplimiento de deseo.

El deseo se instala entre esa distancia entre lo que llegó y lo que no llegó y se espera que llegue, como un resto que intenta retornar a ese estado de satisfacción.

La primera experiencia de satisfacción va a dejar una profunda huella en el aparato psíquico. A partir de ahí, el sujeto se encamina en una búsqueda infructuosa por repetir esa primera percepción, esa mítica primera vez.

El aparato psíquico siempre va a buscar la satisfacción total, algo de lo que se tuvo, creyendo que esa primera experiencia fue totalizante por la importancia de lo que llegó.

Surge lo que Lacan llama "*hambre de signos de presencia*" de ese objeto que en realidad nunca se tuvo, pero que retroactivamente se cree haber poseído alguna vez. (Rabinovich, 1995, p.10).

A partir de aquí el objeto de la necesidad no aparece nunca más, va a ser objeto perdido, al que se intentará volver una y otra vez llevando al sujeto a buscar eso idéntico e imposible condenándolo a la desadaptación.

La realización de deseo puede verse como una primera repetición, que busca reencontrar, re-conocer el objeto a través de la identidad de percepción, meta del proceso primario.

El proceso primario busca la identidad de percepción y se realiza en esa satisfacción alucinatoria de la huella, por lo tanto la existencia de esa satisfacción alucinatoria es lo que configura al deseo como deseo inconsciente.

Diana Rabinovich, (1995) en su Clase número Dos comenta que esto siempre nos sucede a los seres humanos, si vamos a un restaurante siempre la primera vez es la mejor, las siguientes no son iguales siempre les falta algo, la frescura de la primera vez queda como irrecuperable.

La "identidad de percepción", lo igual, idéntico no es posible de lograr, por ello dice Freud es que se condena al individuo a una búsqueda infructuosa y desadaptativa, ya que se va detrás de un encuentro imposible y que por serlo se repite.

Freud, (1911) en "Formulaciones sobre los dos Principios del acaecer psíquico" indica que ya que la alucinación no puede ser mantenida hasta el agotamiento sin lograr la satisfacción de la necesidad, debió aparecer la actividad de un segundo sistema, que no permitiera que la actividad psíquica regresará hasta la percepción, sino que condujera la excitación para modificar la realidad exterior, y mediante un rodeo, lograr la percepción real del objeto, es decir que el principio de realidad implica el aseguramiento del principio de placer, abandonando un placer momentáneo pero inseguro para ganar un placer seguro que vendrá después.

Como contrapartida de la huella mnémica desiderativa se instala frente a la experiencia de dolor la huella mnémica del objeto hostil, surge la pulsión como energía no ligada, como angustia traumática ante la no presencia del signo esperado, llevando al psiquismo a huir ante la reaparición de un estímulo

doloroso. Ese movimiento de huida frente a un recuerdo es el modelo de la represión psíquica. Como resto de esta operación queda el afecto.

La experiencia de dolor la podemos ejemplificar con el llanto, el grito que pega el niño ante la ausencia del signo de presencia esperado, que puede ser la leche, un beso, un gesto de cariño de la madre, en síntesis algo que dé cuenta de su presencia junto a él.

Freud (1950[1895]) indica que así como frente a la reactivación de la necesidad aparece el deseo y su búsqueda de la identidad de percepción, del lado de la experiencia de dolor el equivalente al deseo es la defensa primaria.

Del lado del afecto se instalará posteriormente en Freud el más allá del principio del placer al que romperá el equilibrio de la satisfacción alucinatoria de deseo.

En este sentido el más allá del principio del placer subvierte al deseo, y el deseo es una forma de frenar el más allá.

II.2.2. El más allá del principio del placer, su relación con la pulsión:

Cabe preguntarnos, ¿a que nos referimos con más allá del principio del placer?, y ¿porqué Freud lo relaciona con la pulsión?

Para contestar estos interrogantes empezaremos por ver que es lo que Freud entiende por “pulsión”.

Freud dirá en “Tres ensayos de teoría sexual” (1905, p.153) que la pulsión es “*la agencia representante psíquica de una fuente de estímulos intrasomática en continuo fluir*”, a diferencia del estímulo, que es producido por excitaciones provenientes de fuera del cuerpo.

Luego en “Pulsiones y destinos de pulsión” definirá la pulsión como

...un concepto fronterizo entre lo anímico y lo somático, como un representante psíquico de los estímulos que provienen del interior del cuerpo y alcanzan el alma, como una medida de la exigencia de trabajo que es impuesta a lo anímico a consecuencia de su trabazón con lo corporal.
(Freud, 1915, p.117).

Freud, (1915) refiere cuatro propiedades de las pulsiones: el esfuerzo, la meta, el objeto y la fuente.

El esfuerzo de la pulsión, se refiere a su factor motor, una sumatoria de fuerzas que esfuerzan en determinada dirección, la meta es la satisfacción de la pulsión,

esta es definida como la eliminación parcial y temporaria de la tensión de la libido, el objeto es aquello en o por lo cual la pulsión alcanza su satisfacción, siendo el aspecto más variable de una pulsión y la fuente se halla en el interior del propio cuerpo.

Freud, (1932) en su texto “Angustia y Vida Pulsional” pasa a definir a la pulsión como la acción eficaz conjunta (mezcla) o contraria (des-mezcla).

Allí señala que todas las pulsiones consisten en mezclas de ambas clases de pulsiones, esto es pulsiones de vida y de muerte.

La separación entre ambas clases de pulsiones la encontramos en Freud, 1920 en su texto “Mas allá del Principio del Placer”.

En dicho texto Freud observa fenómenos clínicos tales como el sueño en la neurosis traumática y el juego del fort-da en el niño, en donde observa que lo que repiten es una vivencia penosa.

A partir de esta observación se pregunta, ¿cómo conciliar el principio del placer con la repetición de experiencias dolorosas?

Aquí divisa una tendencia del aparato anímico más originaria, mas pulsional que el principio del placer a la que llama *compulsión a la repetición*, el eterno retorno de lo igual, que se instaura más allá del principio del placer, en donde se trata de placer para el sistema inconsciente y displacer para la consciencia.

Es un principio independiente al principio del placer, no lo contradice, en la repetición de lo displacentero (para la consciencia) se trata del reencuentro con la identidad, constituye en sí misma una fuente de placer.

El más allá del Principio del placer se entrama con lo pulsional, ya que “Una pulsión sería entonces un esfuerzo inherente a lo orgánico vivo, de reproducción de un estado anterior que lo vivo...” Freud (1920, p.36)

Si las pulsiones buscan reproducir un estado anterior a lo vivo, entonces buscan la muerte, son de naturaleza conservadora, y se satisfacen en esa búsqueda.

“La meta de toda vida es la muerte y, retroactivamente: Lo inanimado estuvo ahí antes que lo vivo” Freud (1920, p.38).

Por lo tanto podemos relacionar la compulsión a la repetición a la des-mezcla pulsional, esto es a un predominio de la pulsión de muerte en el funcionamiento del sujeto.

Este funcionamiento provoca que el principio del placer quede adormecido, no le permite sustituir, ligar, simbolizar, es decir aniquila los recursos del aparato psíquico llevando al sujeto a actuar automática e instantáneamente sin pensamiento, ni simbolización posible.

Ahora puede entenderse lo que al comienzo postulábamos como que el deseo es una forma de frenar el más allá del principio del placer, ya que pone al psiquismo a trabajar, a desarrollar sus funciones psicológicas superiores, como la atención, memoria, el pensamiento abstracto que permiten esperar, para lograr de forma más segura cumplir con el principio del placer.

Sabemos que un aparato psíquico exento de toda energía, esto es la meta propia del principio del placer es un imposible, que solo se logra con la muerte del organismo, sin embargo el deseo permite al sujeto acercamientos, sustituciones, porciones, algo de lo que busca.

II.2.3. Complejo de Edipo según Freud:

Freud toma la saga griega del Rey Edipo (Sófocles, 2007) para mostrar el complejo que posee el niño entre los tres y cinco años de edad en relación con sus progenitores, caracterizado por el amor hacia el progenitor del sexo opuesto y un odio celoso hacia el progenitor del mismo sexo.

El carácter estructurante y fundador de este complejo proviene de que hace intervenir una instancia prohibitiva (prohibición del incesto) que cierra la puerta a una satisfacción naturalmente buscada, uniendo de modo inseparable el deseo a la ley. (Laplanche y Pontails, 1996).

Para comprender las vicisitudes de este complejo hay que enmarcarlo en la fase lógica en que sucede: esto es la fase fálica en donde los genitales tienen ya el papel rector, tanto la niña como el niño reconocen solo un órgano genital, el masculino (premisa universal del falo), y en consecuencia la polaridad vigente es fálico-castrado, la diferencia está entre quienes tienen y quienes no aquello puesto en valor.

Las primeras elaboraciones de la teoría se construyeron sobre el modelo del niño.

El niño ya desde una época temprana, desarrolla una investidura de objeto hacia la madre. Al mismo tiempo, toma al padre por identificación y durante un tiempo preserva ambos vínculos sin conflicto. Hasta que por un refuerzo de los deseos sexuales, el padre comienza a molestar con su presencia la relación del pequeño con su madre. Freud (1923)

“En las primeras fases de la vida amorosa la ambivalencia es evidentemente la regla”
(Freud, 1931 p.10)

La actitud ambivalente hacia el padre y la aspiración de objeto hacia la madre, caracterizan el complejo de Edipo simple, positivo en el caso del niño.

Freud, (1931) indica que en cada caso se da un Edipo positivo y uno negativo, este último tiene que ver con una investidura tierna hacia el padre, es decir que el niño se coloca en una posición femenina para hacerse amar por él, pero el padre también suscita hostilidad por interferir en el vínculo con la madre.

Ya en 1924 Freud escribía que el complejo de Edipo presta al niño dos posibilidades de satisfacción una activa y otra pasiva. Podía situarse en actitud masculina en el lugar del padre y tratar como él a su madre o querer sustituir a la madre y dejarse amar por el padre.

Ahora bien, ¿Cuál es la trayectoria y el desenlace del complejo de Edipo en el varón?

Sabemos que el niño en la fase fálica concentra su interés en sus genitales y lo revela con manejos manuales, surge entonces la amenaza de privarle aquella parte tan preciada, esto es la amenaza de castración.

Al principio el niño no presta atención a esta amenaza, recién cuando hace su descubrimiento de los genitales femeninos, se le hace posible la representación de la pérdida del propio pene, así la amenaza surge efecto con posterioridad.

Si la satisfacción amorosa basada en el complejo de Edipo ha de costar la pérdida del pene, surgirá un conflicto entre el interés narcisista por esa parte del cuerpo y la carga libidinosa de los objetos parentales. En este conflicto vence normalmente el primer poder y el yo del niño se aparta del complejo de Edipo. Freud, (1924, p.184)

Freud en su artículo sobre el Sepultamiento del complejo de Edipo de 1924 explica la identificación terminal con el padre que constituye su solución. El sujeto se identifica con el padre en la medida que lo ama y encuentra la solución terminal del Edipo en un compromiso entre la represión amnésica y la adquisición de aquel término ideal gracias al cual se convierte en el padre.

No es que sea de aquí en adelante un pequeño varón, pero él también puede llegar a ser alguien, tiene sus títulos en el bolsillo y llegado el momento si las cosas van bien en el momento de la pubertad tendrá su pene listo con su certificado.

Ahora bien, ¿Qué trayectoria sigue este complejo en el caso de la niña?

La niña para llegar a la posición femenina debe realizar dos tareas que no suceden en el varón. Una de ellas es el cambio de la zona genital originariamente rectora, el clítoris, por la vagina. La segunda tarea que tiene la niña para llegar a la feminidad es sustituir al primer objeto de amor, es decir a la madre por el padre. Como afirma Freud (1925, p.270), *“inicialmente la madre fue para ambos el primer objeto”*. El niño retendrá este objeto durante el Edipo, pero la niña lo sustituye por el padre. Freud (1933 [1932])

En la niña el complejo de Edipo es una formación secundaria introducida por el complejo de castración.

La niña supone que al principio poseía un pene como el del varón, que luego perdió por castración y por ello se siente inferior al hombre.

Al comparar su clítoris con el pene del niño se siente en desventaja y cae víctima de la envidia del pene. Desde este punto se abren tres vías posibles: una es la suspensión de toda la vida sexual, la segunda el complejo de masculinidad con la esperanza de llegar a tener algún día un pene, la tercera posibilidad conduce a la actitud femenina normal en la cual toma al padre como objeto de amor.

Pero, ¿cómo permuta la niña a su primer objeto de amor, por el padre?

La niña responsabiliza a la madre por su castración. El más intenso motivo de extrañamiento de la hija respecto de la madre es *“el reproche de no haberla dotado de un genital correcto, vale decir, de haberla parido mujer”*. Freud (1931, p.235)

Más tarde la niña renuncia al deseo de tener un pene, desplazando su libido al deseo de tener un hijo y con ese propósito toma al padre como objeto de amor, desligándose de la madre quien se vuelve el objeto de sus celos. De esta manera la niña cambia de órgano sexual rector y de objeto sexual pasando a ser una pequeña mujer. (Freud, 1925)

La niña acepta la castración como un hecho consumado, mientras que el varón tiene miedo a la posibilidad de su consumación.

Excluida la angustia de castración, esta también ausente un poderoso motivo para instituir el súper yo e interrumpir la organización genital infantil. (Freud, 1924 p.186)

Entonces, ¿cómo se va a pique el Edipo en la niña?

Freud nos dice que el Edipo es abandonado poco a poco porque este deseo nunca se cumple, el complejo de castración no lo destruye sino que lo crea, por lo que es frecuente que la mujer nunca llegue a superar el complejo de Edipo. (Freud, 1931)

En ambos casos las investiduras de objeto son resignadas y sustituidas por identificación, la autoridad del padre o de ambos padres introyectada en el yo forma el núcleo del súper yo. (Freud, 1924)

Las aspiraciones libidinosas del complejo son en parte desexualizadas y sublimadas, inhibidas en su meta y mudadas en mociones tiernas, es decir el niño continúa ligado a sus padres pero con mociones tiernas no sensuales. Con este proceso se inicia el periodo de latencia que viene a interrumpir el desarrollo sexual del niño. (Freud, 1924)

El proceso descrito es más que una represión. Freud, (1924) dice que equivale a una destrucción y una desaparición. Es decir estos fenómenos estructurales del psiquismo caen sepultadas bajo represión primordial, nunca sabremos nada de ellos, salvo de sus efectos desde el inconsciente.

II.2.4. Metamorfosis de la pubertad:

En “Tres Ensayos de una Teoría Sexual” Freud trasmite una idea principal y es que en la pubertad se producen transformaciones en la sexualidad infantil expresándolo del siguiente modo:

“Con el advenimiento de la pubertad se introducen los cambios que llevan la vida sexual infantil a su conformación normal definitiva” (1905, p. 189)

De esta aseveración extraemos dos deducciones lógicas, una es que la sexualidad no es privativa del periodo de la pubertad como vocifera la opinión popular, sino que existe desde la más temprana infancia.

En segundo lugar esta metamorfosis trata de una nueva organización que recaerá sobre la vida sexual infantil, vida sexual que no dejará de ser infantil por esto, pero que adquirirá una nueva organización especificada como “normal”. En esta nueva organización ocurren transformaciones que llevarán a una vida sexual de manera si no constituyente por lo menos estable ya que se produce una reorganización retroactiva de elementos preexistentes.

Ahora bien, ¿de qué cambios estamos hablando?, para comprender esto es necesario revisar como Freud caracteriza a la sexualidad infantil, teniendo en cuenta que el autor formula su teoría de la acometida en dos tiempos de la sexualidad humana, es decir una sexualidad interrumpida por la latencia, que vale aclarar no es tampoco un periodo sin interrupciones.

El primer periodo de la sexualidad infantil o pregenital se caracteriza por:

Ser esencialmente auto erótica: La pulsión se satisface en el cuerpo propio.

Autonomía de las pulsiones parciales: Cada una busca su satisfacción de manera independiente a través de las respectivas zonas erógenas. La meta sexual infantil consiste en producir la satisfacción mediante la estimulación apropiada de la zona erógena escogida. La zona genital no desempeña aún el papel principal y la sexualidad no se subordina a la función reproductiva.

Primer Tiempo de la elección de objeto: Los primeros objetos de amor son los padres como función, luego sobreviene el periodo de latencia en donde se reprime la inclinación sexual hacia estos, producto de la formación de los diques psíquicos (vergüenza, moral, asco) y la barrera del incesto que encauzan las pulsiones.

Esto cae bajo represión primaria, es decir nunca será susceptible de conciencia, pero si dejará huellas, inscripciones en el psiquismo que guiarán la posterior elección de objeto exogámico en el periodo de la pubertad.

Estamos refiriendo al sepultamiento del complejo de Edipo, como un fenómeno que ordena al psiquismo al marcar que no todo es posible, y por lo tanto posibilita algunas cosas al tiempo que prohíbe otras.

Pasada la latencia, en el tiempo de la pubertad en donde se vislumbra el estallido reforzado de la pulsión sexual Freud ubica los siguientes procesos y transformaciones respecto de la sexualidad infantil.

Es dada una nueva meta sexual: el orgasmo, que provoca un nuevo tipo de placer denominado placer final o de satisfacción; y para alcanzar esta nueva meta todas las pulsiones parciales (antes desconectadas) cooperan y las zonas erógenas se subordinan al primado de la zona genital.

La función sexual se pone al servicio de la función reproductiva: La expresión “ponerse al servicio” pareciera indicar que la reproducción le da sentido a la relación sexual, esto hoy es solo sostenido por la iglesia.

La pulsión sexual que era predominantemente autoerótica, **halla el objeto sexual en el exterior:**

Freud (1905, p. 200) indico que

Cuando la primerísima satisfacción sexual estaba todavía conectada con la nutrición, la pulsión sexual tenía un objeto fuera del cuerpo propio: el pecho materno (...) Después la pulsión sexual pasa a ser regularmente autoerótica, y solo después de superado el periodo de latencia se restablece la relación originaria.

Elección de objeto un reencuentro: Hablamos de reencuentro porque lo que se busca, ese objeto perdido por estructura, se busca en función de la reedición edípica es decir de las huellas que nos marcaron en aquel primer momento de la elección de objeto. En la pubertad se produce el re-hallazgo de objeto exogámico, este es elegido tanto por apuntalamiento (huellas de los primeros objetos) como en función del narcisismo (del yo), pero para ello el púber tiene que correr a los padres del lugar de idealización y correrse él de ese lugar que quedo inscripto en su psiquismo como de completud, de exclusividad respecto a un Otro que lo cuida, libidinizo y le sostuvo la vida.

Freud (1905, p. 208) respecto de la elección de objeto en la pubertad indica que

“La inclinación infantil hacia los padres es sin duda la más importante pero no la única, de las sendas que, renovadas en la pubertad marcan el camino de la elección de objeto”

Por lo tanto Freud asevera que cualquier perturbación de los vínculos infantiles con los padres trae consecuencias para la vida sexual adulta.

Es importante aclarar que se entiende por sexualidad no a la genitalidad, sino al deseo sexual, que causa y mueve al sujeto en la vida en busca de algún objeto que vaya a tener algo que ver con aquel *mítico* objeto perdido del deseo.

Separación entre el carácter masculino y femenino: Ya que si bien antes podíamos ver tendencias a lo femenino o a lo masculino, la activación autoerótica de las zonas erógenas en la niñez es la misma en ambos sexos.

Además la sexualidad de la niña tiene un carácter masculino, tanto la niña como el niño reconocían solo un órgano genital, el masculino (premisa universal del falo), y en consecuencia la polaridad vigente era fálico-castrado, la división de las personas no era entre hombre y mujer, sino entre quienes tenían y quienes no tenían aquello puesto en valor.

Para resumir lo expuesto cito un párrafo de Freud (1905, 179)

El punto de llegada del desarrollo lo constituye la vida sexual del adulto llamada normal; en ella, la consecución de placer se ha puesto al servicio de la función de reproducción y las pulsiones parciales bajo el primado de una única zona erógena han formado una organización sólida para el logro de la meta sexual en un objeto ajeno.

CAPÍTULO III

CONSTITUCIÓN SUBJETIVA

III.1. Alienación y separación:

Lacan, (1964) en su seminario sobre “Los cuatro conceptos fundamentales del Psicoanálisis” señala que el sujeto se constituye en el campo del Otro a través de dos operaciones fundamentales: La alienación y la separación.

Pero, ¿a qué se refiere Lacan al hablar de “campo del Otro”?

En el mismo seminario, Lacan, expresa algo de lo que quiere significar por “Otro”:

“El Otro es el lugar donde se sitúa la cadena significativa que rige todo lo que, del sujeto, podrá hacerse presente, es en el campo de ese ser viviente donde el sujeto tiene que aparecer...” (Lacan, 1964, p. 212)

Es decir que el Otro (A) de Lacan es el lugar de la batería significativa, la estructura simbólica que preexiste al sujeto y lo atraviesa, allí es donde el sujeto debe advenir.

Miller, (1986) en “Recorrido de Lacan” indica que el sujeto no es un dato inicial, el único dato inicial es el Gran Otro, de allí la pregunta acerca de cómo puede constituirse el sujeto en el lugar del Otro que lo preexiste.

Entonces podemos ver que es a partir de esta captura de la estructura simbólica (A) sobre el sujeto que se explica su constitución, a partir de la pérdida constitutiva del objeto del instinto, es decir la desnaturalización que implica la operación de la alienación.

Lacan (1964, p.128) indica que

“La alienación consiste en ese vel que condena al sujeto a solo aparecer en esa división...”.

La alienación es nacer divididos, porque estamos inmersos en una estructura simbólica que nos marca, el niño aun antes de nacer ya es significado por su familia, por ejemplo los parientes dicen que se llamará Juan, será dentista; estas son algunas significaciones con las que un sujeto puede venir al mundo humano, esto es al mundo de los seres parlantes.

(Miller (1986, p.34) en relación a este tema escribe: *“Nosotros estamos adiestrados desde el origen, por eso obedecemos tan bien toda nuestra vida, y nos ubicamos en los puestos que nos esperan”*

En este sentido Rabinovich en su clase Número Cinco señala que el sujeto surge como efecto del lenguaje, se trata del fading del sujeto correspondiente a su identificación a los significantes del Otro. De ahí que el advenimiento del sujeto es directamente articulable a su desvanecimiento.

Adviene como significante pero desaparece como sujeto: se identifica a un significante y en el mismo acto de identificarse a ese significante –que es el *fading*– desaparece como sujeto.

Esta alienación conlleva de manera estructural una elección forzada que Lacan en el Seminario Once ejemplifica con "o la bolsa o la vida"; "o la libertad o la muerte", pero nunca ambas. El sujeto es forzado a elegir entre el campo del Otro (la vida) o el campo del sujeto (la bolsa).

Obviamente si el sujeto "elige" la bolsa se queda sin nada, si elige la vida puede vivir a costa de perder la naturalidad, la posibilidad de completud, el objeto del instinto, una vida alienada a la estructura simbólica que rodeo y atravesó a cada sujeto.

En la actualidad podemos ver como se acentúa la alienación a los diferentes discursos culturales que nos rodean, a los cuales adherimos y hacemos propios sin siquiera tener un espacio y tiempo para evaluarlos o cuestionarlos. A esto se refería Lacan en un texto que denomino "El sujeto y el Otro: La alienación", al escribir:

"Nadie podrá negar que esta alienación está muy de moda en la actualidad. Hágase lo que se haga siempre se está un poco mas alienado, ya sea en lo económico, en lo político, lo psico-patológico, lo estético y todo lo que venga..." (Lacan, 1964, p.218)

Entonces la alienación nos permite vivir, pero a costa de que nuestra existencia se apoye en una falta estructural, este concepto permite introducirnos en la segunda operación.

Lacan, (1964) expresa que esta segunda operación, es decir la separación, lleva a su término la circularidad de la relación del sujeto con el Otro.

El sujeto encuentra una falta en el Otro que surge en los intervalos, las fallas del discurso del Otro, en lo que no encaja. Freud se refería a esto como las ausencias de la madre (Fort-Da), que hacen que el niño se pregunte: me dice eso, pero ¿qué quiere?

Hay un espacio, un lugar vacío, hay presencia y ausencia de la madre, estas ausencias darán lugar a que el niño se pregunte por el deseo de la madre, esto es ¿qué quiere además de mí?, pregunta que lo remite a la falta del Otro y la propia.

Es decir, el sujeto, ante la falta en el Otro (evidenciada en la serie de presencias/ausencias) responde con su propia falta. De allí que Lacan (1964, p.214) exprese que *“la relación del sujeto con el Otro se engendra toda en un proceso de hiancia”*

Ahora bien, ¿De qué falta estamos hablando en la constitución subjetiva?

De la falta estructural, entendida como el resto de la operación de separación, hay algo que cae, que Lacan llama objeto a, objeto perdido de la necesidad, la parte del cuerpo que no ha podido ser simbolizada que marca que no hay objeto en la vida que pueda completar al sujeto, este está marcado desde incluso antes de nacer por una falta que lo mueve en la vida.

Podemos entender esta falta estructural retomando el ejemplo del recién nacido quien tendrá necesidades que por sí mismo no podrá satisfacer, por lo tanto llorará o gritará y de algún u otro modo le hará entender a un adulto mediante este llamado que requiere de su auxilio para satisfacer su necesidad.

Aquella persona auxiliadora, ocupará a partir de entonces un lugar fundamental en la psiquis del niño, el lugar del Otro primordial, generalmente encarnado en la madre, quien interpreta desde su código signifiante (cultura) la necesidad biológica o instinto del niño, respondiendo a su llamado, en donde el objeto del instinto queda perdido por qué no puede haber un acople perfecto

entre la necesidad biológica y lo que está interpretada, decodificada de aquella, algo quedará sin simbolizarse, sin ser satisfecho, hay un resto que cae: el objeto a causa de deseo.

El deseo por lo tanto está coordinado con una función de falta, de carencia, ya que es el resto inasimilable del pasaje de la necesidad por los desfiladeros del significante, esto es una pérdida de la necesidad en tanto tal ya que es expresada en palabras.

En realidad no hay tal necesidad operando antes del significante para ningún sujeto, el momento de pura necesidad es mítico, ya que el lenguaje preexiste al sujeto, Es por este motivo que no hablamos de necesidad en los seres humanos, sino de demanda.

Lacan, (1957-1958) expresa que la demanda es la necesidad más el significante y que al añadir el significante a la necesidad se le aporta un mínimo de transformación, de metáfora. Entonces esta diferencia entre necesidad (N) y demanda (D), es decir entre lo que se buscaba y lo que se encontró es el deseo.

A partir de lo visto podemos pensar que si la separación nos confronta a la falta, implica renunciar a la pretensión de verdades absolutas o garantías, llevando a aceptar que el Otro no es incondicional, no lo tiene todo, por lo tanto no le puede dar todo.

De esta manera el sujeto comienza a jugar sus propias jugadas en el juego del deseo aunque siempre con cartas que le son ajenas pues son dadas por el Otro, pero permitiéndole producir un punto de existencia más allá de ese Otro. Supone, entonces, una vuelta respecto de la pregunta por el deseo del Otro.

III.2. Los Tres Registros:

Lacan (1953-1954) en “Los Escritos Técnicos de Freud” explica la subjetividad como una estructura dinámica organizada en tres registros: Imaginario, Simbólico y Real que ilustra como tres redondeles imbricados a partir del nudo borromeo, la forma en que se anudan es la estructura misma del Sujeto.

Rabinovich, (1995) indica que lo característico de Lacan es sostener que toda realidad humana está organizada por estos tres órdenes superpuestos y que en cualquier acontecimiento están imbricados los tres, no podemos decir que un suceso es puramente simbólico, puramente imaginario o real. Es decir que los registros se caracterizan por su interdependencia estructural ya que el desanudamiento de cualquiera de los tres provoca el desanudamiento de los otros dos.

Lacan (1953-1954) en “Los Escritos Técnicos de Freud”, manifiesta la conveniencia de usar los tres registros para entender toda la metapsicología freudiana argumentando que nada puede comprenderse de la técnica y la experiencia freudiana sin estos tres sistemas de referencia.

III.2.1. Registro Imaginario:

Lacan explica este ternario a partir del estadio del espejo. Ahora bien, ¿Qué es el estadio del espejo?

Lacan (1948, 105) escribe:

Lo que he llamado estadio del Espejo tiene el interés de manifestar el dinamismo afectivo por el que el sujeto se identifica primordialmente con la Gestalt visual de su propio cuerpo: es, con relación a la incoordinación todavía muy profunda de su propia motricidad, unidad ideal, imago salvadora; es valorizada con toda la desolación original ligada a la discordancia intraorgánica y relacional de la cría del hombre durante los seis primeros meses en los que lleva los signos, neurológicos y humorales, de una prematuración natal fisiológica.

Por lo tanto el estadio del espejo se puede resumir en el interés lúdico que el niño entre los seis y dieciocho meses de edad testimonia por su imagen especular, el niño reconoce y se interesa por su imagen en el espejo y esto es un observable clínico.

¿A qué se debe este júbilo que el niño demuestra por su imagen en el espejo?

El bebé humano es prematuro, fisiológicamente inacabado, por ello está en una situación de desamparo constitutivo.

El niño aun inmaduro se siente fragmentado en su cuerpo y con una discordancia entre la motricidad y la visión, caracterizada por una maduración

precoz de la visión respecto de los demás sentidos que permite la formación de una imagen de unidad que anticipa la coordinación motora del niño.

El niño goza cuando se reconoce en su forma especular porque la completitud de la forma se anticipa respecto a su propio logro.

La experiencia primera de esta imagen unificada, de perfección queda como esa mítica primera vez, es una muleta narcisista, algo que calma, reasegura permitiéndole al bebé humano protegerse del desamparo y la invalidez.

“La sola visión de la forma total del cuerpo humano brinda al sujeto un dominio imaginario de su cuerpo, prematuro respecto al dominio real”. (Lacan, 1953-1954, p.128).

Entonces a esta identificación y anticipación en una imagen externa de unidad y completud que captura al bebé, Lacan denomina en Escritos Uno “Estadio del Espejo”.

Para que ocurra este fenómeno estructurante es necesario lo que Lacan definió como “la matriz simbólica en la que el yo se precipita”, no es tanto verse en el espejo como el hecho de que ver esa imagen este sostenida por la mirada del Otro. Del primer Otro que es la madre: “Soy mirado, luego existo”. La matriz simbólica es el deseo de la madre, la castración de la madre que le da al hijo su lugar de falo imaginario y el falo imaginario es la imagen con la que el sujeto se identifica.

A partir de este Estadio se constituye el *yo moi*, entendido como un conjunto de identificaciones que velan la falta, es una trampa, una ilusión de completud e integración.

Miller (1986, p.13) en "Recorrido de Lacan" expresa al respecto:

"... El Yo en esta concepción no es unificador, tampoco es unificado, es un desorden de identificaciones imaginarias...el yo es originariamente una trampa y de hecho esta constitutivamente desintegrado".

La constitución del yo moi (moi quiere decir en el sentido de lo imaginario) implica una "alienación imaginaria", ya que asumimos una identidad enajenante, porque viene desde el exterior, es "prestada".

La alienación expresa la idea de que el sujeto se constituye en su núcleo mismo por algo que no es de él sino que es ajeno. El niño pasa a ser "esa" imagen, siendo el otro en donde el sujeto se identifica. Esto propicia la confusión entre ambos: "fenómeno del transativismo" (la acción del niño equivale para él/ella a la acción del otro).

Lacan, (1953-1954, p.128) escribe al respecto:

"Es esta la aventura imaginaria por la cual el hombre, por vez primera, experimenta que él se ve, se refleja y se concibe como distinto, otro de lo que él es: dimensión esencial de lo humano que estructura el conjunto de su vida fantasmática"

El autor expresa en esta cita que no nos vemos a nosotros mismos como somos, sino en función de la imagen nuestra que el otro me devuelve de mí, esto quiere decir que nos vemos como somos vistos, hablados, tratados por los demás. El niño del estadio del espejo es visto y hablado como una totalidad.

A partir de esta teoría Lacan manifiesta el carácter conflictivo de toda relación dual. Lacan articula con el yo moi una teoría de la agresividad, porque siempre en términos especulares hay un solo lugar: El otro o yo, uno tiene el lugar de la

unidad o el lugar de la fragmentación. La agresividad está ligada a la percepción de un sujeto que quiere ocupar el lugar que yo ocupó o querría ocupar.

El otro es aquel que está en su lugar justamente porque es su semejante, es otro siendo a la vez el mismo sobre el modelo de esa imagen primera.

Esta imagen de perfección que me devuelve el otro está todo el tiempo cambiando y presa a caerse, lo que ocasiona temor a perderla, paranoia. Por lo tanto el hombre mantiene una relación paranoica con su objeto, ya que el objeto le interesa en la medida en que el otro está dispuesto a quitárselo.

El yo moi porta una *carga mortífera* en su constitución, esto es la constitución del yo ideal, que lleva al sujeto a la búsqueda de esa mítica imagen de completud que creyó poseer, esto es el narcisismo primario para Freud.

Pero, ¿qué es el Yo Ideal?

Leclaire (citado en Lacan, 1953-1954) lo describe como un ideal que construye el sujeto con el cual compara su yo actual, a ese yo ideal impuesto desde el exterior se consagra el amor ególatra de que en la niñez era objeto el yo verdadero.

Acerca de ello Freud en "Introducción al Narcisismo" expresa que el desarrollo del yo radica en un alejamiento del narcisismo primario y crea una intensa tendencia a reconquistarlo. Y en el mismo texto señala que el sujeto no quiere renunciar a la perfección de su niñez, e intenta conquistarla de nuevo bajo la nueva forma de su Yo Ideal.

Es decir que el yo ideal pertenece al registro de la imagen, tiene como fin alcanzar una imagen de perfección de la cual gozaba cuando niño, ya que sus padres le proyectaban el ideal, lo reconocían como un ser perfecto y sin fallas.

En este lugar el sujeto mantiene la ilusión de que da a los padres todo lo que esperan de él, al mismo tiempo los padres mantienen la ilusión de que su hijo es tal y como ellos esperan y será todo lo que ellos no pudieron alcanzar.

A partir de aquí podemos pensar que si bien es necesario el registro de lo imaginario que permite velar la falta, ya que si no el sujeto estaría en un estado de angustia permanente; cuando este registro pasa a predominar en el funcionamiento del sujeto lo lleva por un camino de mucho sufrimiento porque aspira a un imposible por estructura y cuando el sujeto se encuentra con la imposibilidad no la puede tolerar, no está "entrenado" en ella.

Poder tolerar o aceptar que algo siempre falta que no puede salir a la perfección, en síntesis que no todo es posible tiene que ver justamente con el Registro Simbólico.

El mundo del símbolo, del lenguaje es propio de la existencia humana. La palabra es quien posibilita salir de esa relación imaginaria, su virtud reside en mediar, ordenar, ya no hay un solo lugar sino un espacio entre ambos que permite tomar distancia.

III.2.2. Registro Simbólico:

Miller, (1986) en "Recorrido de Lacan" expresa que lo simbólico en Lacan es una noción muy elaborada y heterogénea en la que se distinguen dos vertientes:

La *vertiente de la palabra*, a la cual le adjudica una dimensión pacificadora de la rivalidad imaginaria al romper con los malentendidos de la relación especular, media entre los sujetos creando significación.

La *vertiente del lenguaje*, que concierne al orden simbólico. Miller, (1986) indica que el acento de Lacan pasó de la primera a la segunda vertiente la cual será desarrollada partiendo del siguiente interrogante:

¿A qué se refiere Lacan al hablar de orden o estructura simbólica?

III.2.2.1. La estructura simbólica como un conjunto inacabado de significantes:

Lacan, (1955-1956) en el seminario Tres se refiere a esta estructura simbólica como un conjunto diacrítico de elementos significantes diferenciales, covariantes que no forman una totalidad.

Esta compleja frase se puede entender a partir de las siguientes puntualizaciones.

El orden simbólico se compone de un conjunto de significantes que por sí mismos no significan nada, sino que cobran sentido en función del modo de articulación entre ellos, a través de las leyes del lenguaje: metáfora y metonimia.

Ahora bien la siguiente pregunta lógica es, ¿qué es un signifiante?

Los significantes; y nos referimos al signifiante en plural ya que no pueden existir de forma aislada; son huellas, marcas producto del atravesamiento simbólico del sujeto, que lo constituyen, caen bajo represión y forman el inconsciente.

Son elementos diferenciales, es decir se definen por la negatividad, esto es “por ser lo que no son los otros” y por su relación con los demás significantes, su posición en la cadena.

Por lo tanto el signifiante en sí mismo es solo definible como pura diferencia, como una diferencia con otro signifiante. En consecuencia se extrae la conclusión que no hay signifiante que se signifique a sí mismo y por lo tanto la notación mínima es S1-S2.

El signifiante al no existir de forma aislada se sostiene en una cadena, que es representada por Rabinovich (1986, p.6) en su texto “Sexualidad y signifiante” como un *“anillo cuyo collar se cierra en el anillo de otro collar hecho de anillos”*

La estructura de esta cadena signifiante es homologa a la estructura del Inconsciente, de ahí el axioma que sanciona Lacan: *“El inconsciente está estructurado como un lenguaje”*.

En cuanto se habla, de hecho uno es hablado por la lengua. El descubrimiento del inconsciente por Freud no es sino esto. “*Cuando el psicoanalista invita al sujeto a hablar, el sujeto se descubre inmediatamente el mismo hablado por la lengua como lo ha estado desde siempre*”. (Miller, 1986, p. 33)

Es decir que el inconsciente del sujeto es el discurso del Otro, aquellos significantes primordiales que lo constituyeron.

Lacan no dice el inconsciente es un lenguaje, sino que está estructurado *como un* lenguaje, es decir que presenta la misma estructura, esto es la estructura del significante.

En consecuencia las leyes del lenguaje son también las del inconsciente; la metáfora es la sustitución de un significante por otro que genera un plus de significación y la metonimia es la combinación sucesiva de un significante con otro que no genera significaciones.

Ahora bien, estas leyes permiten la articulación entre un significante y otro, porque entre estos hay un vacío; por lo tanto no se trata de una estructura acabada, sino *descompletada*. Esto significa que hay una falta intrínseca en la estructura que permite la combinación covariante de los significantes.

Esta falta es la falta en el Gran Otro (estructural) que se corresponde con la falta en el sujeto, vacío de la cadena que posibilita el movimiento, el deseo inconsciente.

Por ello el significante es definido como lo que representa a un sujeto para otro significante, en el sentido que no hay un significante que represente al sujeto, el

sujeto se ubica en el intervalo entre dos significantes, en un vacío, por eso el sujeto es falta en ser, ser en falta.

Al reconocer una falta en la estructura signifiante, Lacan se distancia de Saussure, señalando que no hay una relación biunívoca entre signifiante y Significado, entre ellos hay una separación estructural dada por la barra de la castración, por lo tanto signifiante y significado no son paralelos, homólogos o isomorfos.

Esto quiere decir que no existe entonces una simbología universal

Miller (1986, 30) escribe al respecto

... Es equivocado pensar que el signifiante está allí al servicio del significado, y que está allí para que uno pueda decir las cosas que tiene en mente tal como uno quiera decir las. Siempre hay un intervalo entre hablar y querer decir. La tesis de Lacan es que el significado es un efecto del signifiante, y que los efectos de significado son creados por las permutaciones, los juegos de signifiante. El sentido surge fundamentalmente de la sustitución de un signifiante por otro.

De esto se deduce que las significaciones son puramente singulares, lo que para una persona puede significar la palabra perro, puede y de hecho tiene, en otra persona una significación absolutamente distinta.

Por lo tanto el significante es quien engendra el significado, es decir que la significación se produce de forma retroactiva de acuerdo a la articulación de los significantes a partir de las leyes del lenguaje.

Decimos que la significación se produce en forma retroactiva, porque la dimensión temporal de la cadena es la anticipación y retroacción, temporalidad propia del inconsciente, que podemos entender como el querer decir que se adelanta y el sentido que el Otro le da, poniendo fin al mensaje y definiendo su significación.

III.2.2.2. La estructura simbólica como pérdida de goce

Hemos visto como al llegar al mundo humano, esto es el mundo de los seres parlantes, el sujeto queda comprometido en un sistema simbólico que alterará profundamente el circuito de la necesidad biológica.

Este orden simbólico se refiere a aquellos significantes que nos rodean, la cultura en la cual nacemos que nos preexiste, nos captura en sus redes significantes y constituye como sujetos del inconsciente al barrarnos, ya que por estructura no existe la naturalidad, el instinto, el complemento sujeto-objeto.

La estructura simbólica es el Otro con mayúsculas, el Otro del discurso universal, de la cultura, un tercero respecto a todo diálogo, una dimensión, un lugar de exterioridad que tiene una función determinante para el sujeto: constituirlo como sujeto del inconsciente.

No hay ser hablante que no esté sometido a la estructura simbólica, entendemos al sujeto del inconsciente no como alguien que dirige al inconsciente, sino como aquel que es efecto del inconsciente, es un producto de ese inconsciente, está sujetado por una estructura que lo determina y hasta le crea la ilusión que puede tener un yo independiente y manejar su destino. De aquí se entiende la tesis de Lacan que postula que el Inconsciente es el discurso del Otro.

Por lo tanto esta estructura tiene la característica de preexistir a la entrada del sujeto en ella, el niño no modifica esa estructura sino que debe someterse a la misma.

Es decir el niño se somete a una estructura en la cual el goce está perdido porque el lenguaje le inserta un punto de menos a la naturalidad del goce. Cada sociedad se ha dado un mito que explica esto.

El goce es definido por Lacan, (1988) en "La Ética del Psicoanálisis" como la satisfacción de una pulsión. No hablamos de goce como la satisfacción natural, sino como una satisfacción de un organismo atravesado por el significante, es decir de un cuerpo.

Entonces el goce es un efecto del significante operando sobre el cuerpo, apresándolo y produciendo una forma de satisfacción muy alejada a la satisfacción de la necesidad, es decir que el goce marca siempre la inexistencia de la complementareidad sexual.

Brodsky, (1998) en "La Solución del Síntoma" indica que el neurótico se representa que el goce sería posible, pero que hay un personaje que es el padre que lo prohíbe. Es así que nuestra sociedad, dominada por el Edipo se representa a modo de cuento lo que es de Estructura.

El padre, el agente de la castración, es un mito del neurótico que intenta dar forma edípica a lo que es de estructura. Es decir que el **goce no está perdido por acción del padre, sino que está perdido porque hablamos**. Es un intento de personificar ese lugar del Otro con mayúsculas.

La vida cotidiana enfrenta al sujeto todo el tiempo con límites, ausencias, cosas que “no puede”, “no tiene”, esto es con la castración, está se inscribe a partir del complejo de Edipo. Por ello realizaremos un desarrollo de la “Metáfora Paterna” ya que nos permite abordar cómo se inscribe a nivel simbólico esta pérdida estructural en el psiquismo.

III.2.2.3. Metáfora Paterna:

Una metáfora es la sustitución de un significante que viene al lugar de otro, operación por la cual se produce el significado.

En la metáfora paterna se trata de una operación simbólica que ordena la estructura y constituye al sujeto, se juega cual va a ser su posición frente a la castración y al deseo.

Lacan, en “Las formaciones del inconsciente” señala que en la metáfora paterna se trata de una estructura constituida no en la aventura del sujeto, sino en otra parte en la que él ha de introducirse. En otra parte del mismo texto se refiere a lo mismo, al expresar que no es el sujeto quien mueve los hilos de lo simbólico, esto fue empezado antes de él.

Esto muestra que el sujeto no elige como queda constituido, sino que ello depende de la operatoria de los significantes primordiales que lo superan, lo anteceden, estos son el significante del deseo materno, del nombre del padre y el significante fálico.

La *Metáfora Paterna* (MP) se produce través de la sustitución del significante del *Deseo de la Madre* (DM) por el significante del *Nombre del Padre* (NP). Esta sustitución produce un significado que resuelve la incógnita del sujeto. Dicho significado es el *falo*.

La metáfora paterna concierne por lo tanto a la función paterna, Ahora bien, ¿qué es el padre?

Lacan, (1957-1958) se refiere al padre como simbólico, esto es como un significante dentro de A (batería significante) que viene a representar a la ley en la cadena significante. Por lo tanto el padre existe incluso sin estar, es decir incluso en sus ausencias.

No debe entenderse como el padre biológico, sino como un significante que marca que la madre también tiene una falta y que desea algo más allá del hijo cuyo significado es el falo. Es aquel que da significación al deseo de la madre como deseo fálico y es en el Otro el significante que representa la existencia del lugar de la cadena significante como ley. Se coloca encima de ella, tiene la función de domesticar el goce.

Pero va a estar en una posición metafórica si y solo si la madre lo convierte en aquel que con su presencia sanciona la existencia del lugar de la ley.

La madre que da este lugar al padre para que intervenga es aquella que va y viene, la cuestión para el niño es ¿cuál es el significado de sus idas?, está claro que no solo quiere al niño. Le da vueltas a alguna otra cosa distinta que a satisfacer el deseo del niño, esto es ser el objeto del deseo de la madre.

A lo que le da vuelta es a una incógnita (x), hay algo más que ella desea que tiene que ver con la existencia detrás de ella de todo el orden simbólico del cual depende, y el significado de las idas y venidas de la madre es el falo.

Lacan, (1957-1958, 281) expresa respecto al falo

En otros términos se requiere un símbolo general de ese margen que siempre me separa de mi deseo y debido al cual mi deseo siempre está marcado por la alteración que experimenta por la entrada en el significante. Hay un símbolo general de ese margen, de esa falta fundamental necesaria para introducir mi deseo en el significante, y hacer de él el deseo al que me enfrento en la práctica analítica...

Es decir el falo es el significante de la falta, a partir de este vacío se instala el deseo del sujeto, entendido como aquello que queda por fuera de la simbolización, y se mueve en el deslizamiento metonímico en el espacio entre un significante y otro.

Como resultado de la operatoria de la metáfora paterna se produce la significación fálica que inscribe la castración simbólica, el significante del Nombre del Padre inscribe la falta, es decir muestra que nadie es el falo, que el falo circula, se puede tener y se puede perder.

La significación fálica abre la posibilidad de transitar por la vida haciendo sustituciones, tolerando conocer algo del orden de la castración, que algo se puede y algo no. Esto posibilita en el sujeto que pueda preguntarse por el lugar que ocupa en el deseo del Otro, e intentar dar respuestas en relación a la sexualidad, la diferencia generacional y la existencia.

El deseo de la madre si bien queda barrado y limitado, siempre insiste, ya que se reprime y por lo tanto retorna; esto lo podemos ver en distintos momentos de la vida en donde el neurótico aspira a la completud imaginaria, por ejemplo en el enamoramiento.

III.2.2.4. Los Tres Tiempos del Edipo:

Para comprender el Edipo Lacan considera tres tiempos Lógicos:

Primer Tiempo:

En este tiempo el niño busca ser y se posiciona como el objeto de deseo de la madre, es decir se identifica al falo como el significante del deseo de la madre.

El deseo no es de un objeto, el deseo es deseo de ser deseado por el Otro, por lo tanto el deseo del niño es *ser* lo que la madre desea.

El niño empieza como súbdito frente a la ley de la madre, sometido al capricho de aquello de lo que depende, esta ley se caracteriza por ser omnímoda, omnipotente, omnipresente y omnisapiente. Es decir, que lo abarca y comprende

todo, que todo lo puede, que se encuentra presente en todo lugar y que todo lo sabe.

Se trata de una relación dual, de completud imaginaria en donde el niño es el falo de la madre y la madre el falo del niño. Ambos forman una unidad narcisista en la que cada uno posibilita la ilusión de perfección en el otro.

“La instancia paterna se introduce bajo una forma velada o todavía no se manifiesta” (Lacan 1957-1958). Es decir esta potencialmente en lo simbólico pero todavía no opera.

Segundo Tiempo:

En el plano imaginario interviene el padre todopoderoso, absoluto como el que priva a la madre tanto del objeto de su deseo es decir del niño, como al niño de la madre.

Ingresa como interdictor de esta relación, produciendo un corte, enunciando una prohibición hacia ambos: No te acostaras con tu madre y no reintegraras tu producto.

La ley omnímoda es ahora la del padre, quien postula la ley sin someterse a ella. El padre es la ley por lo tanto prohíbe pero no posibilita al sujeto.

Tercer Tiempo:

Lacan, (1957-1958) señala que el padre interviene es este tiempo como el que tiene el falo, y no como el que lo es, nadie lo es, y por eso puede producirse el giro que reinstaura la instancia del falo como objeto deseado por la madre y no ya solamente como objeto del que el padre puede privar.

Se abre paso la lógica del tener, se puede tener y perder el falo, esto posibilita la declinación del Edipo.

De esta manera, el niño puede identificarse con el padre, ya que éste es revelado como el que lo “tiene”; esta identificación se llama “Ideal del yo”.

El niño tiene en reserva todos los títulos en el bolsillo para ser un hombre, pero está en espera, la significación de dicha estructuración se desarrollará más tarde a partir de la pubertad.

El padre no es la ley, queda como representante de la ley, es decir como sujeto deseante que no lo tiene todo. Aparece como el padre que a la vez que prohíbe algo, la endogamia, posibilita otras cosas: la exogamia.

III.2.3. Registro Real:

En primer lugar es importante aclarar que el registro real de Lacan se opone a la realidad, la realidad psíquica funciona como una pantalla protectora de lo real. La realidad es fantasmática, pertenece al orden imaginario, ya que vela el agujero.

Justamente lo real implica un “despertar” cuya traducción es la angustia, cuando hay angustia estamos en presencia de lo real.

La angustia surge ante lo irreductible de lo real, cuando se encuentra con el vacío, la no respuesta, la ausencia, el silencio que aterroriza. Lo real surge en el lugar donde no alcanzan las imágenes y en donde el deseo se paraliza, no le es posible seguir ligando.

Entonces si lo real no es la realidad, entonces ¿qué es?

A lo largo de La obra de Lacan lo real va teniendo distintos sentidos no excluyentes que serán desarrollados a continuación tomando fundamentalmente los aportes de Rabinovich, 1995 en su clase titulada “Lo Imaginario, lo simbólico y lo real”.

III.2.3.1. Lo real como lo externo a la palabra:

Nos preguntamos al comienzo ¿qué es lo real?; esta es una pregunta difícil de contestar porque justamente estamos hablando del registro que queda por fuera de las palabras, por lo tanto es un esfuerzo de nombrar lo innombrable.

(Rabinovich, 1995) señala que lo real en un primer momento aparece como aquello que el psicoanálisis no puede alcanzar porque es externo a la palabra, al sujeto de la palabra, sería lo que se resiste al significante siendo producto de aquel.

Lo simbólico lo produce, más no lo puede reabsorber, se le escapa, razón por la cual el significante nunca puede darle al sujeto una identidad plena.

Es decir la captura simbólica del sujeto deja un resto, una porción de carne que no pudo ser simbolizada, bañada por el lenguaje, un resto irreductible que resiste a la palabra.

Este resto es el objeto a, esto es el nombre que Lacan le coloca a este vacío provocado por que el Otro no colma por completo la necesidad del niño, que da cuenta que el otro está barrado, tiene una falta, de la cual surgió un deseo que posibilita que el niño venga al mundo.

Este agujero provocado por el hecho de que las representaciones no pueden absorber todo lo real, deja un resto que obliga al aparato psíquico a seguir trabajando, por eso decimos que el inconsciente no cesa de no escribirse.

El objeto *a* tiene que ver con esa unión *mítica* (ya que es imposible por estructura) con el objeto que jamás volvió, que provoca la búsqueda incesante de un objeto perdido, inalcanzable por estructura.

Es un objeto sin nombre, efecto de la articulación significante, que se produce como lo que está en los intervalos de dicha articulación, en cada hiancia se aloja el objeto.

(Rabinovich, 1995) se refiere a él como un objeto irrepresentable, invisible; ya que ni la imagen ni el significante pueden atraparlo, como cuerpo no unificado, trozo de carne, punto de goce, lugar donde el cuerpo atrapa al goce.

Al ser irrepresentable solo se lo delimita por sus efectos: El deseo que causa o la economía de goce que regula. En este sentido el objeto *a* es la confluencia entre deseo y goce.

Como causa de deseo es el origen del deseo ya que el deseo es promovido por la pérdida de la unidad del sujeto que intenta "recuperar" algo de lo perdido. Es aquello que esta antes del deseo y no después en su meta, por ello es lo que mueve al sujeto.

De ahí que decimos que el objeto no es aquello que el deseo tiene como finalidad, sino como causa, como motor.

Por ello se debe diferenciar al objeto causa, del objeto del deseo. El objeto del deseo pertenece más bien al espejismo imaginario, objeto que provoca la rivalidad, en el cual se apoya la propaganda publicitaria, la sociedad de consumo, que nos hace creer que adquiriendo el nuevo objeto tecnológico la felicidad total será conquistada.

Muy diferente al objeto de deseo, es el objeto *causa*, es decir aquel que mueve al sujeto, es la zanahoria que nunca se alcanza, que cuando se cree lograr surge un “no era eso lo que quería” y se sigue buscando.

Es causa de deseo, no del sujeto, sino del deseo del Otro barrado. El objeto causa es el sujeto mismo ubicado en cierta relación con el deseo del Otro, causando el deseo del Otro. En este sentido es que el deseo del sujeto busca ser causa del deseo del Otro.

La contracara del objeto a como causa de deseo es el objeto a como plus de goce, objeto que la pulsión bordea en tanto siempre falta, es por lo tanto origen de la repetición en el sentido que repite un encuentro imposible. Tiene que ver con lo que se recupera de la pérdida originaria que es recuperado como goce, es decir a nivel del más allá del principio del placer.

Este objeto a como plus de gozar ha venido a suplir la diferencia sexual, el instinto que no existe en el sistema significante. Esta función de suplencia tiene que ver con la recuperación de goces parciales posibles ante la imposibilidad estructural del goce todo.

Esto se relaciona con lo que Lacan menciona en el Seminario Siete acerca de que el goce se mide en términos de producción, es decir en términos de pérdidas y ganancias, podemos hablar entonces de una economía de Goce. En la cual la desnaturalización sería la pérdida originaria de goce, la cual puede ser pensada

como la castración, a partir de está solo se admiten suplencias, ganancias parciales, que colman parcialmente lo que se perdió.

Lacan sostiene que la madre en tanto perdida es el lugar originario del goce, que se lo aprecia retroactivamente, es decir se la establece como absoluto una vez

que se la perdió. Esto es cuando el niño nota que le da vueltas a alguna otra cosa además de él.

III.2.3.2. Lo real como lo que vuelve siempre al mismo lugar:

Diana Rabinovich en su Clase Número Cuatro señala que hay una segunda acepción de Lacan de lo real que aparece en el seminario Dos: *Lo real como lo que vuelve siempre al mismo lugar*, frenando el deslizamiento de la cadena significante, es decir, implica la repetición, una insistencia repetitiva de ese punto imposible de encontrar que es el objeto.

Si está en el mismo lugar significa que esta fijo, que hagamos lo que hagamos, vuelve a un punto fijo para cada uno, frenando, haciendo obstáculo al deslizamiento de la cadena significante.

La autora señala que esto lo podemos relacionar con la fijación en Freud íntimamente relacionada a la repetición: En Más allá del Principio del Placer eso que reaparece aunque yo no quiera que aparezca, aunque perturbe mi homeóstasis, mi tranquilidad, vuelve a pesar de que el sujeto haga de todo por evitarlo, generándole al sujeto una impresión demoníaca.

Lacan en el Seminario Dos se refiere a ello al indicar que el yo que cree guiar su destino, en realidad es más guiado que conductor, ya que a pesar de tratar de todo por no encontrarse con lo real, “eso vuelve” en cualquier momento, cuando menos lo esperamos. Insiste porque es algo que no tiene solución, el sujeto no puede dar con el objeto perdido.

III.2.3.3. Lo real como lo imposible lógicamente:

Rabinovich (1995) señala que luego Lacan pasa a definir lo real como lo imposible, es decir como un punto que no tiene solución en la relación del sujeto consigo mismo.

Lacan da un punto de real como imposible común a toda la especie humana en tanto hablante, esto es la pérdida de la naturalidad de los sexos y por lo tanto la no complementareidad del hombre y la mujer que harían uno al hombre y a la mujer. Se trata del encuentro imposible con el objeto del instinto.

Es decir recuperar el objeto sería “lo imposible” ya que nunca existió, ya que la estructura simbólica esta *ya allí* desde antes que el sujeto nazca, trastocando al objeto de la necesidad natural.

En su clase Número Cuatro Rabinovich indica que lo que vuelve siempre al mismo lugar, lo imposible de encontrar es lo que Freud llamo el objeto perdido, por eso vincula lo real con lo que Lacan llama Tyché que corresponde al encuentro imposible con el objeto. La imposibilidad del encuentro reside en que el objeto ha sido trasmutado en su estructura y características por el orden simbólico, por lo tanto no existe como objeto natural.

Es decir que cada vez que el sujeto se encuentra con un objeto, se dice “no era ese el que quería”, no se conforma, y sale en búsqueda de otro. Entonces siempre se vuelve al lugar donde esa cita con el objeto fracasa.

¿Y por qué fracasa?

Porque no se trata de un objeto perdido, sino de un objeto faltante, que no hay en la estructura, que lleva al sujeto a una búsqueda imposible de un objeto que no existe, y que por ser imposible se repite, insiste volviendo al mismo lugar.

CAPÍTULO IV

PUBERTAD Y PSYMODERNIDAD, APORTES DEL PSICOANÁLISIS

IV.1 Una mirada psicoanalítica de la actualidad:

IV.1.1. Un empuje al goce:

Este apartado intenta responder a lo siguiente ¿Por que mirar a la posmodernidad desde el psicoanálisis?, ¿El psicoanálisis no es acaso una disciplina que enfoca su mirada en sujetos particulares?

Si bien cada sujeto es único y se constituye de modo diferente, hay ciertas generalidades en las subjetividades contemporáneas, ya que es la cultura que rodea a un sujeto la que lo estructura, por lo que para conocer a un sujeto es muy importante conocer las características de su cultura.

Y la cultura de hoy, esto es la posmodernidad, tiene rasgos, muy diferentes a la cultura moderna que marcan lógicamente de modo distinto al sujeto contemporáneo.

A partir de aquí surge el siguiente interrogante: si el sujeto en la actualidad no sufre como antes de la renuncia pulsional, si tiene permitido y hasta encomendado realizar todo tipo de acciones para satisfacer parcialmente sus pulsiones, ¿de qué sufre el sujeto posmoderno?

Podemos ver que el sujeto en la modernidad soportó a una sociedad con altos ideales, exacerbadamente moralista y disciplinaria con rígidos prejuicios y severas interdicciones que provocaban una enorme conciencia de culpa, una cierta desesperanza y angustia subjetiva al limitar, en muchos casos de forma excesiva, las apetencias pulsionales de los sujetos.

De esta forma la cultura limitaba lo pulsional para permitir la convivencia de los seres humanos, o en otras palabras, siguiendo a Lacan, limitaba el deseo materno, el goce, para posibilitar el encuentro con la falta y movilizar el deseo del sujeto.

Hoy, en cambio, no podemos decir que el sujeto sufre de una represión de las pulsiones por parte de la civilización. El ideal de renuncia ha virado a un ideal de consumismo que ocupó el lugar dejado vacante por el desfallecimiento de los ideales.

Por lo tanto en la actualidad esta función encomendada a la cultura se cumple de forma muy diferente, ya que la ley que invoca es la del goce, y esto es una paradoja que encierra a los púberes en un círculo vicioso sin salida, ya que la única ley es justamente que no exista la ley, el límite, algo que no se pueda.

Esto quiere decir que hoy estamos en una sociedad que aparenta darnos mayor libertad de elección, pero lo que sucede es que ese lugar que las figuras de autoridad en el mundo actual dejan vacante es ocupada por el mercado, de este modo asistimos a un pasaje de la lógica del estado a la del mercado.

En esta lógica el sujeto es llevado a un goce autista y sin freno por medio de una fetichización de bienes y objetos que a la vez arrasa con las particularidades.

Esto lleva a que cada vez que obtiene el objeto de deseo el sujeto se encuentra con que "no era eso lo que quería" y busca otro, y otro, y otro; en un deslizamiento permanente a través de los distintos objetos del mercado que no cesa de no completar al sujeto en donde lo que se tapa es justamente lo más singular de una persona: su falta, la causa de su deseo y la posibilidad de su parcial realización.

Y esta es la paradoja fundamental que los objetos de “deseo” suponen, cuanto más nos acercamos a ellos, mas nos alejamos de nuestro deseo, de nuestra posibilidad de experimentar algo del orden de la felicidad.

De esta forma la compulsión al consumo y la culpa asociada al no cumplir los mandatos, retroalimentaría el circuito colocando al sujeto en posición de objeto de la demanda del amo capitalista. Ante esta realidad cabe preguntarnos ¿quién consume a quien?

Por lo tanto podemos ver que esta lógica del consumo se apoya en el registro imaginario hoy exaltado, esto es en vender imágenes completas, la felicidad eterna, la juventud por siempre, basándose en la estructura paranoica del conocimiento (cómpralo ya o te lo quitan los demás).

En síntesis esta nueva lógica se sustenta en un goce sin freno basado en falsas ilusiones en las cuales caen las personas a diario, en la mayoría de los casos sin tener conciencia de ello.

El goce irrefrenable al que es llevado el sujeto implica transgredir el principio del placer, cuyo resultado no es más placer sino dolor, el goce es *sufrimiento*, y he aquí la paradoja inherente al goce mismo.

El goce tiene que ver con la búsqueda del sujeto de llenar, tapar, disimular, la falta estructural de diversos modos, esto no es algo nuevo o propio de la posmodernidad, sino que de alguna forma u otra siempre estuvo y estará presente. Lo propio de la actualidad es el modelo de acumulación imperante que se sirve de esta insatisfacción básica del individuo y su afán por borrarla.

El desafío que nos plantea esta realidad es cómo descompletar el goce pulsional para entrar en la vía del deseo que es la vía del lazo social, la cual nos permite salir del encierro del goce auto erótico.

IV.1.2. El Otro que no existe:

Hemos caracterizado a la posmodernidad como una época que empuja al sujeto a gozar y encontramos que una de las causas de ello se debe a los cambios experimentados en el siglo XXI en el registro simbólico.

Jacques-Alain Miller y Eric Laurent en “El Otro que no existe y sus comités de ética” postulan un nombre para la actualidad, nombre ligado al lugar que tendría hoy el Otro es decir lo que entendemos por cultura: “La época del Otro que no existe”.

Parece enriquecedora hacer una mención de esta temática ya que aporta una mirada de autores de la escuela Francesa sobre la posmodernidad, caracterizada por la caída del lugar de la Ley, lo que trae consecuencias en el registro simbólico y por lo tanto en la relación entre los tres registros.

Ahora bien, surge la pregunta acerca de ¿qué quieren significar con “Dios ha muerto” o “El Otro que no existe”?

Los autores hacen alusión a que el lugar de verdad absoluta, de autoridad, de modelo, de garantía, que tenía Dios, el padre, el líder, la ideología, el estado; en síntesis aquella persona o institución que encarne la función paterna, esto es la

función de poner límites y leyes que marquen claramente lo que se puede y lo que no, que prohíba y posibilite, que marque un camino, hoy ha caído.

“Caída la Autoridad del Padre cada uno debe inventarse su propia creencia delirante”.
(Laurent, 2012)

Esto tiene que ver con las preguntas que muchos púberes se hacen, ¿qué hacer?, ¿quién ser? cuando no hay un sendero marcado, límites claros, una guía que oriente los comportamientos.

Hoy se borran los límites, no hay una ética universal que separe lo que está bien de lo que está mal, no hay leyes ni verdades absolutas, no hay modelos ni ideales fijos, esta realidad, ¿perjudica o posibilita al sujeto?, ¿Qué impacto tiene en la pubertad específicamente, entendida como un momento de ruptura con las filosofías de vida de otros significativos?

Estamos en una época de la errancia, del escepticismo y la incredulidad, en la que el Otro es tan sólo un semblante. Para el sujeto contemporáneo no “hay nadie” ni que valga, ni con quien hablar o como afirma Lipovetsky (1986, p.43) en “La era del vacío”: *“Dios ha muerto, las grandes finalidades se apagan, pero a nadie le importa un bledo...”*

Estos procesos se manifiestan en las diferentes instituciones de la sociedad ya que la caída de la imago paterna ocasiona el derrumbe de la autoridad en el campo social lo cual está estrechamente vinculado a los disolución de los Estados-Nacionales frente al avance de la economía neoliberal.

Asistimos a una caída del Orden simbólico, es decir del orden de la ley, del no todo, que posibilita algo del deseo, ya que el deseo se mueve a partir de que

algo falta, y a la vez observamos una exaltación de la imagen en donde se persigue una imagen ideal, de completud que obtura la falta.

Y allí es donde hace su aparición el mercado, ofreciendo imágenes ideales completas de múltiples objetos propuestos para satisfacernos.

Así los sujetos recorren un circuito infernal, fascinándose con un objeto que se convierte en la causa de su deseo y después pierde su valor para ser reemplazado por otro y así sucesivamente; esta es la modalidad del discurso capitalista en un intento de anular la castración el sujeto obtiene en el mercado “pequeñas naderías de goce”. (Gómez Alcalá 2011)

Mitre (2011, p. 88) señala al respecto:

“La miseria es estar a solas con la pulsión de muerte en el eclipse absoluto de lo simbólico”

Es decir que según el autor el sufrimiento subjetivo en la posmodernidad estaría vinculado a un exceso de goce ante el eclipse de la regulación simbólica producto de la caída de la imago paterna.

No solo entra aquí el paco como objeto de goce sino el i-pood, lo que indica entonces, que no es solo una cuestión de clases sociales (si bien hay algo que puede acentuarse en las zonas marginales). Por lo tanto, la cuestión se complica, tanto en “la villa” como en “el country”, ante la ausencia de una mediación simbólica

Lacan, (1964) en el seminario *“Los conceptos fundamentales del psicoanálisis:”* sostiene la premisa “Dios es inconsciente” en lugar de “Dios ha Muerto”.

Lacan no niega la existencia de la divinidad, simplemente la redefine como una concepción, un síntoma, una creación humana, que el hombre requiere para que su estúpida existencia encuentre un soporte, para que su narcisismo no se pierda

en el vacío, se trata de una solicitud de infinitud por parte de un ser finito. Lacan, (citado en Pérez, 2010)

“Dios es inconsciente” es la expresión de la ausencia de esperanza, de la asunción de la imposibilidad del apoyo, lo cual obliga a cada uno a marchar con las propias fuerzas.

Es decir que lo que ha caído hoy es esta ficción humana que proporcionaba protección y orientación al hombre, lo cual es fundamental para el púber que tiene que salir al mundo adulto, surge la pregunta acerca de ¿qué tipo de orientación puede recibir un púber guiado por esta nueva ficción impuesta por el discurso capitalista?

Si en la posmodernidad ya no se cree en dioses, en verdades absolutas y eternas, ¿esto querrá decir que el púber acepta ir por la vida sin garantías ni certezas, sin una base sólida?; con lo cual podríamos encontrar allí una consecuencia positiva de la cultura posmoderna; ¿o acaso se las arregla para llenar este vacío de saber sosteniéndose en el mandato del goce persistente a través del consumo de objetos perfectos, imágenes acabadas, de engaños agradables que lejos de impulsar al sujeto a la búsqueda lo dejan paralizado en ilusiones, exigencias y frustraciones.

A continuación abordaremos esta temática relacionándola con la pubertad para analizar los tres registros en los púberes (neuróticos) posmodernos; para ello primero conceptualizaremos a la pubertad como un momento paradigmático de presentificación de la falta en la vida de un sujeto.

IV.2. Una mirada psicoanalítica de la pubertad

IV.2.1. El vacío en la pubertad:

Si bien durante toda la vida hay momentos en donde el vacío se presentifica en la vida de un sujeto debido a que estamos constituidos por una falta estructural, podemos ver a la pubertad como un momento particularmente vinculado con la presentificación de un vacío de sentido que lo podemos expresar en los siguientes términos *“Mis padres no saben lo que soy ni yo tampoco”*.

Cuanto más comprueba su falta de identidad, mas fuerte sostiene eso que no tiene. Esto lo podemos ver cuando al cuestionarlo en su lenguaje, aspecto o gustos el adolescente responde agresivamente, lo que podemos interpretar como que en realidad no sabe quién es ni que quiere sino que se encuentra en un proceso de buscarse a sí mismo, para así poder ligarse con objetos que tengan que ver en algo con su deseo, entendido como lo más propio de una persona.

A partir de aquí podemos preguntarnos, ¿Por qué en la pubertad se presentifica con tanta intensidad un vacío?

Esto sucede porque el púber de niño había vivido pegado a las identificaciones familiares, alienado a lo que *“recibió”* del discurso del Otro. Mientras que en la adolescencia comprueba que reniega y se pelea con identificaciones que vienen del Otro, que lo han estado sosteniendo hasta ahora, lo cual lo angustia por la perspectiva de quedarse sin soporte. El problema consiste en desatarse de la

cadena que lo une del Otro familiar sin perderla como punto de apoyo, encontrar la distancia adecuada para cada uno.

Por lo tanto entendemos a la adolescencia como un momento de separación de lo que procede del Otro. Pero la separación no es una cuestión de lejanía, es una cuestión de distancia respecto del deseo del Otro, es confrontación a un vacío que enfrenta al sujeto con su propia falta y con su deseo.

El trabajo de separación en torno al Otro del goce materno o en otras palabras el trabajo de pasaje, de salida, de la endogamia a la exogamia, de la niñez a la adultez, se encuentra sostenido en la operancia o no de la función paterna, función que debe ponerse en juego otra vez en la adolescencia, y de la que el sujeto debe poder servirse.

Mitre, (2006) señala al respecto que en torno a la función paterna, se pueden ubicar dos dimensiones del padre. Una, el padre de la ley que prohíbe y ordena, el padre que dice no. La otra, central en torno a la salida, el padre que dice sí, no a cualquier cosa, por supuesto, sino a una invención del sujeto. Se trata, aquí, del padre que habilita, del padre que introduce al deseo. Del padre que puede reconocer el valor de lo que el joven ha encontrado para arreglárselas con lo real, para darse una nueva forma en el mundo.

Si estamos viendo que en la posmodernidad asistimos a una depreciación de la función paterna entendida como aquella función que inscribe la falta en el psiquismo a nivel simbólico frente a un avance del registro imaginario que apunta a tapar el vacío; ¿Qué pasará cuando el niño pasé por el Edipo?, ¿cómo se inscribirá aquella función en su psiquismo? ¿Qué huellas lo marcarán y lo llevarán en la pubertad a dar una respuesta a partir de la reedición y creación?

Podemos pensar que estas fallas en lo simbólico junto con la prevalencia del registro de la imagen dificultan al púber responder a lo real que se le presentifica en la pubertad poniendo en juego un deseo propio ya que no le da espacio a ese vacío desde el cual sería posible la circulación de su deseo.

Para analizar más a fondo este tema a continuación se realizará una articulación acerca de la dinámica de los tres registros en los púberes posmodernos.

IV.2.2. Registros Lacanianos y pubertad:

IV.2.2.1. Registro real y pubertad: ¿qué es ese real de la pubertad?

Mitre (2006), indica que en la pubertad vuelve a surgir esta cuestión de la no-relación sexual, es uno de los momentos en la existencia en donde el sujeto se encuentra de una forma viva con la falta del complemento.

No hay relación sexual en tanto no hay adecuación perfecta entre sujeto y objeto, los vínculos humanos al ser mediatizados por la palabra implican la pérdida de la naturalidad en el encuentro con el otro sexo.

Nos estamos refiriendo a la castración la cual como hemos visto se inscribe en el tercer tiempo del complejo de Edipo. Wainztein y Millán (2000) indican que en el momento de la pubertad la castración se resignifica en la diferencia de los sexos, la cual implica la muerte de lo que ilusoriamente se hallaba unificado a través de la bisexualidad.

Es decir que en la pubertad se trata de un momento particular en la vida de un sujeto en donde tiene que revisar, reeditar, reelaborar, eso que ya se inscribió y quedó a la espera, irrumpiendo tras la latencia de forma incontrolada.

Esto que irrumpe es lo real, percibido a la manera de un estímulo traumático repentino, del que es imposible sustraerse, acompañado de angustia ante algo

que no se puede nombrar, algo real ante lo cual todas las palabras se detienen, el objeto de angustia por excelencia.

Entonces, ¿qué es este real de la pubertad?

Los cambios corporales que el púber no puede impedir ni dominar, la exigencia de asumir la posición sexuada, la admisión de la propia muerte; en fin sexualidad y muerte son las manifestaciones de lo real que irrumpe y los púberes tratan de simbolizar.

IV.2.2.2 Registro simbólico y pubertad: el problema de simbolizar lo real en la pubertad:

Barrionuevo, (2011) indica que lo que resulta realmente traumático de la pubertad es la relación al lenguaje en tanto en esa experiencia hay una cierta significación enigmática que al sujeto se le escapa.

Esto quiere decir que por más respuestas que vengan del Otro, estas palabras dejan al púber insatisfecho, las palabras fallan para nombrar este surgimiento, no alcanzan para llenar ese vacío de significación.

La información que le proveen los libros o educadores no le sirve, en tanto carece de palabras propias con las que pueda efectuar ligaduras.

En este sentido (Wedekind, 1891 p. 100) Señala

“ Yo he hojeado la enciclopedia Meyer de la “A” a la “Z”, sin encontrar nada!, palabras... nada más que palabras... oh esta preocupación del pudor! ¿De qué me sirve un diccionario si no me aclara los problemas más inmediatos de la vida? ”

Cada uno de modo singular se la verá en ese encuentro con algo imposible de simbolizar, pues no hay una fórmula general para *safar* bien del asunto.

Añadimos a este acontecimiento el hecho de que en la posmodernidad la simbolización de lo real de la pubertad se complica aún más debido a los cambios observados en el registro simbólico.

Lo real que invade no es solo un empuje biológico, hay también un empuje discursivo, es decir el púber se las tiene que ver no solo con el desarrollo biológico sino con lo que el Otro dice sobre eso. (Recalde, 2008).

Además se tiene que enfrentar con la modificación de la imagen de su cuerpo y asumir una nueva imagen de sí mismo.

IV.2.2.3. Registro imaginario y pubertad: el problema de asumir una nueva imagen

La imagen que el púber tenía de su cuerpo de niño se desmorona, entonces tiene la tarea de reconstruir la. Algo pasa en el cuerpo real del púber que no coincide con la imaginarización que se tiene de él, y esto es evidente en las torpezas características del periodo de la pubertad.

En el ejemplo se evidencia que el cuerpo de niño ha cambiado, pero la imagen de cuerpo de niño no ha variado, hay un desfase que no permite el dominio del cuerpo puberal provocando accidentes.

Entonces vemos que a diferencia del estadio del espejo en donde la imagen se anticipa al propio logro, en este momento falla, ante la precipitación de un empuje interno, es decir de los cambios constantes que anteceden a la asunción de la imagen (Wainztein y Millán, 2000)

Diversos motivos colaboran en la dificultad para asumir la nueva imagen de sí, los cambios continuos que hacen tambalear esa incipiente y frágil imagen, la mirada del Otro (del que depende en lo real) que en muchos casos no legitima las nuevas imágenes que el púber se da en tanto “grande” y sexuado.

Así el púber que de por sí tiene problemas y temores para reconfigurarse en el campo del espejo, que de por sí tiene que renovar los atuendos para vestir el nuevo real, se encuentra con que muchas veces el Otro real se niega a legitimar una imagen apta para ejercer una sexualidad normativa. (Amigo, 1998).

¿Cuál es la raíz de esta dificultad que tiene el Otro, generalmente encarnado en los padres, en legitimar a los hijos como hombres o mujeres?

La dificultad reside en que para la madre devolverle a la hija (y digo hija por tomar el caso femenino, podría referirme indistintamente a cualquiera de los géneros) una imagen de mujer implicaría perderla como una niña objeto de su goce, en consecuencia no la habilita para la sexualidad femenina, le cierra el camino que la conduciría a la exogamia y a la vida.

A partir de lo visto nos preguntamos ¿cómo puede un púber en la posmodernidad responder a los cambios que le acontecen en los tres registros?

IV.2.3. La adolescencia como síntoma de la pubertad

Mitre (2009) plantea que el púber responde a estos cambios con la adolescencia, esto es el arreglo, la respuesta que cada sujeto puede hacer al real de la pubertad. En este sentido es que el autor plantea nombrar a la adolescencia como el síntoma de la pubertad.

Stevens, (2007) en su libro "Clínica de la Infancia y la adolescencia" considera que la clínica de los adolescentes es la clínica del síntoma ya que este se ofrece como una posibilidad frente a un no saber, un agujero.

El adolescente con su síntoma responde a este vacío de significación, a la castración, a la dificultad de lo que hay que hacer en cuanto al sexo, a la ausencia de un saber constituido a priori.

Entonces el síntoma entendido como una articulación significativa que envuelve a un goce y también en su vertiente de mensaje dirigido a Otro, es de lo que se vale el púber para responder al real con el que se encuentra.

De esta manera podemos entender a la adolescencia como el modo, la forma en que cada púber responde, se enfrenta a este real que irrumpe. Es una búsqueda de un modo de situarse frente a ello, tan singular como púberes existan.

En este sentido el autor señala que la adolescencia es la edad de una gran variedad de respuestas posibles a este imposible que es el surgimiento de un real propio de la pubertad y agrega "*Ante el imposible de la relación sexual, el adolescente organiza un posible para él de una relación con el goce y este es su síntoma*". (Stevens, 2007 p.22)

En el mejor de los casos, la respuesta al real de la pubertad será más allá de las demandas y mandatos familiares, será una creación en donde el sujeto pueda jugar un deseo propio.

A esto se refiere Tizio, (2008) al indicar que en el síntoma se trata de modos de poder ubicarse en relación al Otro. Es decir hay que analizar si el síntoma busca quedar pegado, hacer un llamado o separarse del Otro.

Al final de su obra Lacan puntualiza que el nombre del padre es uno de los síntomas, y lo justifica diciendo que el padre es un síntoma porque permite que algo se establezca, porque el síntoma es aquello que mantiene unido a los tres registros, esto es el Nombre del Padre en las Neurosis. Lacan (citado en Brodsky, 1998)

Brodsky (1998), en "La Solución del Síntoma" indica que el Nombre del Padre y el síntoma se equivalen, es decir que uno puede venir a reemplazar al otro, uno cumple una función análoga a la del otro, que a falta de uno bueno es el otro.

Por ejemplo el síntoma de Juanito, su miedo a los caballos se instala como un síntoma que es una suplencia de la operatoria fallida del Nombre del Padre.

Esto nos permite pensar que en la posmodernidad, en donde asistimos a una caída de la función paterna, el síntoma viene a ser una solución que encuentra el púber, en el sentido de que es una suplencia del Nombre del padre, que denuncia a posteriori las fallas en su inscripción en la cadena significativa del sujeto.

IV.2.4. Pubertad y goce:

Hemos dicho que la adolescencia como categoría social es la forma en que se sintomatiza la pubertad, refiriéndonos al momento donde el sujeto se enfrenta con la falta de un saber sobre la relación entre los sexos, ¿qué hacer con el otro sexo?, esa es la cuestión, ¿cómo se hace para ser un hombre?, ¿para ser una mujer? bajo el imperio de un real que empuja al encuentro y donde algo debe inventar.

En relación a este tema Tizio, (2008) en “El enigma de la adolescencia” señala que en la pubertad se abre la posibilidad de otro acceso al goce que lleva al encuentro con el partenaire sexual, un encuentro que no está regulado por el instinto, es decir no tiene las pautas fijadas para la especie, sino las condiciones particulares que han constituido a ese sujeto.

Este otro acceso al goce que manifiesta el autor, ya lo encontramos en Freud, (1905) cuando decía que el goce en la infancia era autoerótico y que en la pubertad hallaba el objeto sexual, es decir que en esta etapa algo del goce se satisface a través de otro, del partenaire sexual. Entonces lo que un púber se va a cuestionar es de qué modo ubicarse en relación a este Otro.

La pubertad es un momento de infinitas preguntas que lo llevan a buscar respuestas acerca de lo que le está pasando, muchas veces por medio de los síntomas adolescentes.

Es por eso que siguiendo a Tizio, (2008) podemos entender a la pubertad como un *impasse*, un tiempo de reedición corregida y aumentada de una escritura previa (complejo de Edipo) y de invención en donde se ponen en juego el

anudamiento de los tres registros para llegar a una conclusión acerca de la forma de tratar al otro como partenaire sexual.

Por lo tanto el autor indica que es un momento muy delicado y turbulento que necesita de un adulto que no exagere ni dramatice su rol, pero que sepa detectar si es necesaria una ayuda, un límite o un voto de confianza que deje hacer al adolescente.

Tarea que se complica hoy no solo por la modificación en la consideración de la autoridad, sino porque también hay un rechazo de los adultos hacia los adolescentes que tiene que ver con la manifestación por parte de los jóvenes de las modalidades de goces y excesos de los padres hasta que encuentran su regulación sintomática.

Es por esta razón que a los padres les es más fácil reconocer los caprichos infantiles que las conductas adolescentes, porque las modalidades de goce no son las del repertorio provisto por ellos. Por esta razón es que el adolescente toca lo reprimido del propio pasaje adulto.

Entonces el no entender aparece tanto para el adulto como para el adolescente porque está el enigma del goce en juego.

Por lo tanto podemos articular como las preguntas básicas que surgen en la pubertad junto con ¿Quién soy? la pregunta sobre ¿cómo hacer con el goce?

IV.2.4.1. Confrontación con lo ya elegido: la manera de gozar

En la pubertad hay una irrupción de goce que cambia las cosas, es por ello que en este tiempo se verificarán las respuestas fantasmáticas y sintomáticas de las que se valió el sujeto en la salida del Edipo.

Respecto a este tema Álvarez, (2011) indica que la pubertad confronta al sujeto con el modo de goce. Refiriéndose a que el púber tiene que verificar su *posición Fantasmática*, es decir debe revisar si el modo de gozar propio, le sirve o no frente al Otro; y su *posición sexuada* esto es cómo se define su sexualidad. Asuntos que si bien se elaboran durante toda la vida, son propios de este momento en donde debido a una serie de factores físicos y psíquicos se hace posible el pasaje hacia una posición más adulta, esto es menos alienada al deseo materno.

Por fantasma nombramos al retorno de un modo de goce de un sujeto que es siempre el mismo, es lo que Freud llama puntos de fijación de la libido.

Esta verificación fantasmática tiene que ver con las nuevas vestiduras y ropajes que tiene que darse el púber frente a los cambios en lo real de su cuerpo, ya que se cuestiona sobre lo que antes no se cuestionaba y se encuentra con que no hay respuestas.

Esto significa que los fantasmas desfallecen, aquellos que de niño construyo respecto al sexo no le sirven mas.

Está en juego si sigue manteniendo la misma posición gozosa o realiza algunas modificaciones, es posible que en este momento emerjan los costos que conllevan ciertas posiciones gozosas y la pregunta acerca de cómo hacer con el goce, pregunta que muchas veces es sustituida por un síntoma.

IV.2.5. Pubertad y posmodernidad:

Hemos visto que en la pubertad se confronta con la manera de gozar de cada sujeto, y que en la sociedad en que viven y se constituyen estos púberes ordena a gozar sin parar, por lo tanto es posible suponer que esa es la posición que asumirán respecto del goce.

Si el adulto tiene por función limitar el abuso de la voracidad del mercado, si hoy esto no es frecuente, vemos a púberes que priorizan desmedidamente los objetos, que no tienen idea del esfuerzo que cuesta conseguirlos, y que responden mal si algo se les niega, encarnando así el imperativo de goce.

Tizio, (2008) en este sentido señala que en muchos casos los niños y adolescentes inmanejables se producen por dejarlos a expensas del mercado que excita las apetencias pulsionales.

Estas son las nuevas formas de desprotección que están vinculadas a la modificación en la consideración de la autoridad que afecta la posición del adulto que tiene que reglar algo de la subjetividad.

Hoy la voracidad del mercado tiene más peso educativo que los padres, los profesores, las distintas instituciones de la sociedad.

Esto provoca a nivel de la familia nuevos modos de vinculación familiar, no se trata de configuraciones familiares respetuosas de la lógica de la autoridad simbólica tradicional sino de múltiples modos de relación que rompen la estructura paterno-filial. La maternidad y paternidad aparecen desinvertidos de aquél sentido heredero de la tradición cultural. Padre, madre, hijo ya no se ven como significantes de una relación intergeneracional basada en el principio de autoridad, sino que parece tratarse de lugares simbólicamente destituidos.

Esto se puede ejemplificar en las siguientes dinámicas familiares actuales: figuras masculinas borrosas o en descomposición, chicos que protegen a las madres, actos ilegales legalizados por sus progenitores en la urgencia de sobrevivir, caída de la frontera entre lo permitido y lo prohibido, chicos expuestos o puestos como escudo en disputas de pareja, chicos ocupando el lugar de proveedores.

También en la escuela asistimos a una caída de la autoridad simbólica que la caracterizaba en otras épocas. Hoy en cambio vemos a la escuela como un lugar desbordado por problemáticas sociales, poblada de chicos que manejan a los adultos según su capricho.

Entonces frente al declive de las instituciones se producen nuevos modos de sociabilidad. Cuando no hay instituciones que den un lugar a los chicos, que otorguen sentido y pertenencia, se presentan otras formas de “estar con los otros”. Entre ellas podríamos pensar el consumo de sustancias, el robo, la banda, estas se perfilan como posibilidades frente a la ineficacia simbólica del modelo tradicional.

Entonces el púber se encuentra solo con un goce que irrumpe, no sabe qué hacer con eso, como controlarlo, a quien dirigírselo ya que desde la cultura no se le ofrecen límites, acompañamiento, un marco claro y sostenedor en esta difícil tarea que le toca.

A partir de aquí se abre la siguiente pregunta: ¿Si en la pubertad se trata de la reedición del Edipo para separarse de la alienación al deseo materno que permite transitar en la vida con un deseo propio?, ¿cómo resuelven hoy los púberes esta “tarea” en las condiciones de la cultura posmoderna que ordena tapar el deseo con un imperativo de goce, que obstaculiza la capacidad reflexiva para llegar a una saber hacer con el vacío que tenga que ver con lo propio del sujeto.

En otras palabras nos interrogamos acerca de la manera en que hoy el sujeto puede salir de la adolescencia hacia un otro social que no ofrece acompañamiento, presencia, la dependencia necesaria para lograr la independencia, en síntesis un lugar para el adolescente de reconocimiento, y no de puro objeto del mercado.

Es allí donde el síntoma aparece como una posibilidad, una suplencia a la fallida función paterna que estabiliza al sujeto, ofreciendo una respuesta a la pregunta acerca de cómo hacer con el goce, y que al mismo tiempo trasmite un mensaje que lo relaciona al Otro de alguna manera, permitiéndole algún modo de lazo social.

CAPÍTULO V

ASPECTO METODOLÓGICO

V.1. Metodología:

El objetivo de la presente investigación consiste en examinar los efectos que tiene en la vida del púber la lógica del consumo que la posmodernidad impone. Se afirma que el orden simbólico en el siglo XXI no es más lo que era, ya que asistimos a una caída de la imago paterna y de los semblantes de autoridad en el campo social que conduce a un resquebrajamiento del ámbito legal; en consecuencia esta tesina se orienta a examinar causas y efectos de la dificultad en la regulación simbólica en el púber.

Desde una metodología cualitativa, se realizará una investigación de tipo exploratoria, en la que se examinará a nivel teórico algunos conceptos en relación a la pubertad y a la constitución subjetiva, desde una perspectiva psicoanalítica, tomando como principales referentes a S. Freud y J. Lacan.

El diseño de investigación que se utilizará es de tipo no experimental, debido a que se observarán situaciones ya existentes.

Se plantea como hipótesis que la obstaculización en la operatoria del Nombre del padre dificulta la simbolización de lo real de la pubertad. Para dar cuenta de la misma a continuación se analizarán fragmentos de un caso clínico publicado en el libro "Púberes y Adolescentes" titulado "*El Paraíso ahora*".

V.2. Resumen del Caso “El Paraíso ahora” (de María Inés Negri)

J es traída a la consulta por su madre luego de una internación debido a una sobredosis, que se produce como consecuencia de una visita de su ex pareja.

A los 16 dejó el secundario y abandonó la casa materna, según sus dichos, porque la madre llevaba permanentemente hombres a su casa sometiendo a sus dos hijas a ser testigos de su promiscuidad y desapego con respecto a ellas.

Toda su adolescencia estuvo marcada por el maltrato y abandono de esta madre, quien le pegaba frente a cualquier enfrentamiento que tuvieran. A los 14 queda embarazada y es arrastrada por su madre a hacerse un aborto, a los 15 sobreviene otro embarazo y también otro aborto.

Durante un tiempo trabaja y ahorra dinero para el pasaje que le permita viajar a Estados Unidos donde vive su padre, al llegar allí también es rechazada por este; sin embargo permanece en ese país en la cual conoce a un Americano de quien se enamora pasionalmente, quedando nuevamente embarazada.

En esta oportunidad decide tener ese hijo porque piensa que un hijo Americano le permitirá conseguir la ciudadanía, luego se entera que tener un hijo en Estados Unidos no le garantiza la obtención de la misma. Durante la convivencia con este hombre tuvo otros abortos dado que no usaban ningún método anticonceptivo.

Este hombre, padre de su hija es violento, celoso, posesivo. Hay una pelea en la que la violencia se despliega al punto que el llega a quebrarle la nariz, en ese

momento ella decide volver con su hija a Buenos Aires, amenazando a su pareja con denunciarlo para que le permita salir del país.

Cuando ella era pequeña había vivido en Estados Unidos, y había sido testigo de las continuas peleas y episodios de violencia entre sus padres, hasta que su madre retorna a la Argentina cuando ella tenía dos años, edad similar a la de su propia hija cuando J retorna a la Argentina.

En la primera entrevista J presenta como queja que ella no quiere estar internada porque desea convivir con su hija. Relata que su madre la rechazó desde siempre y que tiene una predilección por su hermana quien está casada con un marido que la ama, tiene un hijo, espera otro, trabaja, al mismo tiempo esta hermana es objeto de su odio.

La analista que la recibe impone como condición para admitirla en el tratamiento que la vea cuatro veces por semana y que vea a un psiquiatra para que se encargue de la medicación si fuera necesaria.

La transferencia se instala y la analista se transforma en su único referente, si bien no siempre concurre las cuatro veces por semana, cuando no lo hace llama por teléfono y repite una frase "No tengo crédito, ¿me puedes llamar?".

Paulatinamente va dejando la droga, sus recaídas son cada vez más esporádicas y referidas al rechazo de su madre o de su ex -pareja.

La que paga el tratamiento es la madre ya que si el sujeto manejará el dinero lo podría usar para comprarse droga. Esto cambia cuando la madre deja a J y a su hija y se va a vivir a casa de su propia madre.

A partir de ese momento J obtiene el permiso del psiquiatra para manejar la medicación, así comienza a usar la medicación a la manera de la droga, esto

conlleva que la niña comience a quedarse sola porque ella duerme casi todo el día y que J falte a las sesiones por “quedarse dormida”.

Durante las entrevistas la sujeto se refiere en reiteradas ocasiones a un vacío que le ha dejado el abandono paterno y materno, el cual ella dice haber cubierto con la droga y luego con la medicación.

J no tiene nada en la vida, salvo esta hija no hace nada, no trabaja, no tiene amigas, solo relaciones esporádicas con hombres con quienes mantiene relaciones sexuales (ahora cuidándose) por orden de la analista.

Frente a este encuentro con la nada oscila entre quedarse encerrada con su hija, en no querer salir ni poder despertarse y en momentos de euforia, producidos no siempre por la droga, se pelea y desafía a toda la familia.

Hace más de un año que J concurre a consulta, la alternancia entre la adicción y el dolor de existir poco a poco van moderándose.

Si bien la relación con la madre de quien depende absolutamente sigue siendo muy conflictiva, ceden sus agresiones y peleas con el resto de la familia.

Un día viene y le dice a la analista que decidió estudiar peluquería, esto, piensa ella podría ofrecerle una salida laboral.

V.3. Análisis del Caso “El Paraíso ahora”

El presente caso trata de una joven en la cual la profunda perturbación del lazo con el Otro, paradigma de nuestra civilización actual, aparece de manera manifiesta.

La lógica del consumo que la posmodernidad promueve devasta el lazo social al instar a los sujetos a gozar sin parar, convirtiendo a los individuos en robóticos consumidores, que rechazan el pensamiento, lo simbólico, la castración.

Esta mutación en la economía de goce repercute en las funciones maternas y paternas, es decir en las ligaduras contenedoras y constitutivas que durante la crianza los padres deben ofrecer a sus hijos para que tengan un lugar como deseantes, sin quedar sometidos únicamente a las exigencias pulsionales dando lugar a que se dañen a sí mismos.

Respecto a este punto podemos ver que J no ha recibido ningún alojamiento amoroso en su familia en la cual ocupa más bien un lugar de objeto de desecho y maltrato producto de la inercia de goce que se repite en la novela familiar a la cual se ve arrastrada.

Las fallas en la función paterna producen un desborde pulsional que lleva a la violencia, destruyendo el lazo social, dichas fallas quedan evidenciadas en que no hay en el entorno de J alguien que encarne para ella un lugar de saber y autoridad que acompañe y guíe su crecimiento. Los únicos modelos de identificación que su familia le ofrece son de desapego y violencia.

Además no se observa en el relato del caso algún personaje en su familia o fuera de ella hasta la aparición de la analista, que viniera a encarnar el lugar de ley,

a orientar la conducta de la sujeto, a prohibir y autorizar oficiando como referente para la vida de J.

Es por tal motivo que la analista realiza una apuesta al lazo amoroso, se propone alojarla, aceptarla, darle el lugar de atención y reconocimiento que no ha podido tener, convocándola a la vida, "dándole crédito", brindándole acompañamiento y orientación mediante reglas claras a las cuales debía atenerse: concurrir cuatro veces a la semana a las sesiones e ir a ver a un psiquiatra, solo de ese modo sería aceptada en tratamiento; además le ordena "cuidarse" en sus relaciones sexuales.

De esta forma la analista le ofrece a J un marco legal en el cual orientarse, apuntando a restaurar una función simbólica fallida, ofreciéndole un lugar totalmente diferente al otorgado por su familia.

Esto permite contra todo pronóstico (ya que J es traída a la consulta) instalar la transferencia, y poco a poco separarla de un goce mortífero marcado por la violencia, adicción a la cocaína y pasajes al acto que la llevaron al borde de la muerte.

J nos permite observar el mandato de goce al que es llevado el sujeto en la posmodernidad; ya que ante el agujero, el resto, o en otras palabras lo real que aparece en todo ser hablante no hay una mediación simbólica que le permita un saber hacer a partir de la reflexión (la cual conlleva tolerar la castración, esperar el momento oportuno, teniendo confianza en que llegará) con este real entendido como lo más singular de un sujeto.

Ella pretende no separarse del objeto para evitar y tapar el vacío, el resto que resultaría de la operación de separación. Lo que aparece es una adicción y diferentes objetos puestos en el lugar de la causa de su deseo: la cocaína, los medicamentos, su propia hija.

Lo que evidencia de manera paradigmática la adicción es que el sujeto deja de lado la zona del principio del placer, porque rápidamente se agota y entra en el más allá del principio del placer, evidenciándose la repetición, la pulsión de muerte. Esta transformación aparece sorpresivamente en una relación amorosa, en este caso de la sujeto con su hija, donde el amor súbitamente se transforma en odio.

Aquí se divisa una tendencia del aparato anímico más originaria que el principio del placer, la *compulsión a la repetición*, el eterno retorno de lo igual, que podemos ligar a la des-mezcla pulsional, al desorden y a la falta de reglas, que nos muestran el funcionamiento de un sujeto en donde predomina la pulsión de muerte.

Podemos ver en J como la repetición de lo displacentero (para la consciencia), constituye en sí misma una fuente de placer (para el inconsciente); ella está desbordada, *no puede parar* de consumir drogas, abortar, relacionarse con personas en donde va a repetir su posición de objeto víctima de la violencia.

Podemos ver como el goce, es decir la satisfacción pulsional de un cuerpo atravesado por el significante, supone siempre perder la cuenta, ya que apunta a restablecer la unión *mítica* con el objeto del instinto, aspirando a un encuentro imposible, y que por serlo se repite.

Este funcionamiento provoca que el principio del placer quede adormecido, no le permite sustituir, ligar, simbolizar, es decir aniquila los recursos del aparato psíquico llevando al sujeto a actuar automática e instantáneamente sin pensamiento, ni simbolización posible.

Podemos ver que este modo de funcionamiento, en donde predomina la pulsión de muerte es frecuente en sujetos que han sido víctimas de violencia.

El sujeto violentado es no reconocido como sujeto de deseo y es reducido en su forma extrema a un puro objeto, esta cosificación del sujeto produce un importante daño psíquico.

Un agravante de esta realidad es que la violencia familiar suele ser el modo de relación en varias generaciones obstaculizando la apertura a lo nuevo. Esto muestra como lo real que no ha podido ser simbolizado se repite, volviendo siempre al mismo lugar, ya que siguiendo a Lacan lo rechazado en lo simbólico retorna en lo Real.

Respecto a esto el análisis descubre que el padre de J era violento con su madre y que esta se viene a la Argentina escapando de aquel, tal como lo hizo J con su hija. Aquí vemos como los sujetos objetos de la violencia familiar repiten la norma y ejercen violencia contra su familia: El padre de J con su madre, La madre de J con J, J con su hija.

Esto nos permite pensar que la violencia es el modo preponderante de vinculación en esta familia, ya que los miembros se relacionan predominantemente desde el registro imaginario, sin una clara mediación simbólica que pacifique permitiéndoles salir de la rivalidad imaginaria al marcar que no hay un solo lugar de completud, o en otros términos que no se puede "ser el falo", sino que hay un espacio entre los miembros que permite tomar distancia.

Esto lleva a que al romperse el espejo aparezca la agresividad, lo cual podemos vincular al primer tiempo del Complejo de Edipo en donde se trata de una relación dual, de completud imaginaria en la cual el niño es el falo de la madre y la madre el falo del niño al formar una unidad narcisista en la que cada uno posibilita la ilusión de perfección en el otro.

La violencia observada en esta familia muestra que la palabra, que está al servicio de frenar los impulsos hostiles al permitir hacer lazo social y mediar entre el impulso y la acción, fracasa, por lo tanto fallan los límites del A, falla la ley, hay un fracaso de los pactos.

Lo expuesto nos permite pensar en una sujeto posicionada como objeto de goce de la madre, que tiene serias dificultades para renunciar a esta sufriente posición, ya que está le permite sostener a un A completo, sin fallas, que le da garantías y en ese sentido no la confronta con su propia falta.

Esta dificultad para “renunciar” nos permite observar que J no ha elaborado los numerosos duelos que ha atravesado en su vida : la separación de su padre, los abortos, la emigración, la separación de su madre, de su ex-pareja, de su hija al tener que internarse, entre otros; al no haber elaborado el duelo fundamental del cual se desprenden todos los demás, es decir el duelo por la bisexualidad perdida, el cual supone la confrontación con la castración que le permite renunciar a una posición infantil y salir del complejo de Edipo.

La paciente parece no registrar los costos que paga en su vida por sostener esta posición gozosa, esto es abortar el deseo, las posibilidades que tiene de vivir.

Las sociedades actuales promueven esta tendencia del aparato psíquico de ir más allá del principio del placer, ya que en ellas se observan procesos de degradación de la autoridad, del lugar y el peso de la ley que permite algo del dese, junto con un predominio del registro de la imagen que vela la falta, esto es la droga, su hija puestas como objetos de deseo que tapan la falta.

De esta manera el objeto toma el lugar de su acompañante imprescindible, pero ya no se trata del objeto del don o del intercambio, vinculado al deseo y a la falta, sino que por sus características deviene objeto de goce, de satisfacción inmediata.

Esto es característico de la posmodernidad en donde el objeto de consumo se constituye en el verdadero partenaire y la relación con él transforma al sujeto en un sujeto más bien autista que lo aísla del lazo social.

Ante este modo de funcionar de su psiquismo nos preguntamos ¿cómo J se las arregla con lo real que emerge en la pubertad?

Podemos pensar que este modo de funcionamiento psíquico la lleva en la pubertad a que realice una elección de pareja en donde repite la posición respecto a su madre ligándose a un hombre violento y que la maltrata, duplicando el estrago materno, por lo tanto no hay un pasaje exogámico, un cambio de posición ya que elige lo igual, no tolera lo diferente.

Esto nos hace pensar que se trata de una paciente que evita confrontarse con el agujero, pero sabemos que el vacío se liga al objeto a causa de deseo, razón por la cual su deseo está obturado, en este sentido vemos que el significante "abortar" se refiere a su deseo al cual ella *por las dudas* mata antes de que pueda nacer.

La pubertad le viene a complicar este "tape de olla" que ella hace ya que allí el sujeto se encuentra de forma viva con la castración, es un momento paradigmático de la confrontación con la imposibilidad de la relación sexual.

Es un tiempo turbulento de numerosos cambios, en donde las viejas identificaciones no lo nombran más, y las nuevas aun no aparecen, momento de infinitas preguntas en donde el púber tiene que responderse quien ser, y posicionarse de alguna manera frente al goce y al deseo del Otro.

Esta posición que asumirá va a depender de cómo se haya inscripto la castración en su psiquismo, es decir de aquellas huellas que quedaron del Complejo de Edipo que le van a marcar un camino posible en la pubertad.

Pero la posición que adopte también dependerá de la reedición edípica que realice en la pubertad, la cual si bien depende fundamentalmente de aquellas primeras marcas, también puede ocurrir en este momento una apertura a algo nuevo y diferente. A este segundo punto es a lo que tiene que apuntar un analista cuando se trata de un púber encerrado en el deseo del Otro.

Frente a lo real que la pubertad impone, observamos que J, al momento de ser traída a la consulta, realiza una respuesta desde el mandato familiar, sin hacer una creación singular. Es como si ella respondiera a las preguntas fundamentales de la pubertad del siguiente modo:

- * ¿Quién ser?: el objeto de deseo, el falo materno, lo cual la deja en una posición sufriente, llevándola a cumplir con mandatos, y exigencias que poco pueden tener que ver con su deseo.
- * ¿Cómo hacer con el goce?: mantiene la misma posición fantasmática que en su infancia, tapando la castración a partir de diferentes objetos que no puede parar de consumir, que terminan por consumirla a ella, es decir al espacio que tiene para vivir.

Acerca de la posición de J frente al deseo del Otro podemos agregar que lo real implica un despertar cuya traducción es la angustia, vemos que J no puede *despertarse*, duerme todo el día. A pesar de las circunstancias y contingencias adversas de su vida no se observa un sujeto angustiado, sino deprimido, ya que no le da cabida a la angustia, se anticipa colocando un objeto para que esta no aparezca, lo que está dormido en J es su deseo.

Respecto a este tema Lacan (citado en Recalde 2008) distingue entre angustia y aburrimiento, señalando que la angustia tiene que ver con la aparición de la falta de la falta; en cambio el aburrimiento y la depresión tienen que ver con el régimen de goce actual en donde el deseo se paraliza.

La adicción se presenta como la salida hedonista que pudiera remediar ese sentimiento de aburrimiento y depresión que la inunda, la cual puede entenderse como un “deseo de otra cosa”.

Podemos entender también al consumo compulsivo de drogas como un síntoma, esto es una suplencia de una función paterna fallida que permitiría la estabilización del sujeto, un síntoma que será la respuesta al real de la pubertad que empuja, ya que es un modo de arreglárselas con el goce.

Síntoma que liga al sujeto con el Otro, que opera como un llamado al Otro, para que le dé “crédito”, es decir le dé una oportunidad de ser amado y autorizado, que le permita aferrarse a la vida.

La apuesta de la analista es justamente separarla del objeto, operando como vacío mediador, para permitirle el encuentro con lo real y posibilitarle responder de forma singular, inventarse algo frente al agujero, asumiendo la responsabilidad y el compromiso subjetivo por su propia vida, poniendo en marcha su deseo, para que su novela familiar no sea su destino, permitiendo al sujeto desprenderse de lo que aparece en su cadena significativa articulada al fantasma como destino de goce.

Poco a poco van cediendo los síntomas y pasajes al acto, y aparece un Nombre del Padre, un ideal, una brújula que orienta, que marca un camino frente a muchos posibles y que ya no tiene que ver con el patrón familiar de violencia sino con una salida más de tipo exogámica en donde juega algo de su deseo, ella

elige estudiar peluquería para poder trabajar en eso, lo cual implica una responsabilidad, en donde hay reglas que tiene que obedecer.

Podemos ver en este caso la pluralización de los Nombre del Padre que para este sujeto serían la analista y la peluquería, estas inscripciones en el tiempo de la pubertad son las que le permiten un cierto cambio en su posición subjetiva.

Podríamos parafrasear la frase que escribe Lacan en el seminario sobre La angustia *“El amor es lo que permite al goce condescender al deseo”*, diciendo la ley (castración) es la que le permite al goce condescender al deseo.

CONCLUSIONES

Este trabajo surge motivado por el interés en indagar como hace un sujeto para arreglárselas frente a todos los cambios que la pubertad le impone, como puede buscarse a sí mismo y resolver las preguntas fundamentales que surgen en ese momento ¿quién ser? y ¿cómo hacer con el goce? a partir de la puesta en marcha de su deseo, cuando está inserto en una cultura que ordena a no encontrarse con la falta.

Describimos como característico de la posmodernidad aspirar a la completud imaginaria, ya que la función de corte con el goce se establece con muchas fallas, en parte debido a que la ley actual de la cultura es justamente el goce sin freno, y siguiendo el mito del Edipo la función del padre como aquel que encarna la ley simbólica de la cultura acotando y domesticando el goce operaría deficitariamente.

Una de las características más destacadas de la sociedad de consumo es la tendencia al goce que se obtiene en la relación con los objetos tecnológicos ya que brindan una satisfacción inmediata, en detrimento de la dimensión del objeto como objeto mediador o de intercambio vinculado al deseo.

El empuje al goce que la cultura promueve lleva al consumo compulsivo de objetos puestos en el lugar de la causa del deseo, al no enfrentamiento con la castración, de este modo también se evita el encuentro con el deseo de cada uno.

Así vemos como el Otro social está en una posición desde la cual privilegia la satisfacción inmediata ignorando la dimensión de la falta que es donde se localiza el sujeto. Cuando falta la falta y el objeto deviene fundamentalmente

objeto de satisfacción, el Otro que ya no opera como Otro simbólico fija a esta posición de goce no solo al objeto sino al sujeto mismo.

De esta manera la posmodernidad privilegia la dimensión imaginaria y el goce autista e insaciable, estimulando la ilusión de que la completitud o la satisfacción total son posibles.

Esta realidad provoca una caída del orden simbólico, al dificultar la operatoria del significante del Nombre del padre, significante de la ley que regula el deseo de la madre, inscribiendo que No-todo se puede, marcando límites, un espacio vacío desde el cual el sujeto puede circular más libremente pudiendo acotar su goce.

Se produce un declive de la figura del Padre (imago paterna) lo cual conduce a una descomposición de los ideales tradicionales y a una caída de la autoridad y del peso de la ley, lo que muestra que ya no hay verdades universales ni certezas que organicen la vida del sujeto.

Esta degradación de la autoridad (no del poder) lleva en la actualidad a no creer en nadie ni en nada, es por esta razón que autores como Nietzsche, Miller y Laurent denominan a la actualidad como la época de "La muerte de Dios" o "Del Otro que no existe", ante lo cual cada uno debe inventarse su propia creencia delirante.

Esto provoca que el Nombre del Padre se pluralice, es decir que haya un pasaje del Nombre del Padre a "los" Nombres del Padre, que hacen a las distintas versiones del padre que un sujeto se puede construir ante la ausencia de un padre "dios".

Por lo tanto vemos que a diferencia de la época moderna, hoy **el significante del Nombre del Padre es más una pregunta que una respuesta**, una búsqueda, que muchas veces se lleva a cabo por la vía del síntoma entendido como una suplencia de una operación simbólica fallida y a la vez como un llamado al padre.

Paralelamente a este empobrecimiento simbólico observamos una exaltación de la imagen en donde se persigue una imagen ideal, de completud que obtura la falta.

La ley que regula el mercado, esto es la ley de oferta y demanda se apoya en el registro imaginario ya que postula que obteniendo el último objeto que saca el mercado el sujeto encontrará la felicidad; de lo que se trata en realidad es de objetos de deseo puestos en el lugar de la causa que no hacen más que alejar al sujeto de su propio deseo.

Así la cultura daña la capacidad simbólica del sujeto, ya que le propone una vida "sin agujero", completa, en donde lo real estaría tapado por lo imaginario, sin que medie tiempo para la reflexión o simbolización; el sujeto inconscientemente accede a esta propuesta en la mayoría de los casos sin poder pensar en los costos de ella.

El psicoanálisis trabaja a contracorriente de este discurso que propicia el bloqueo del sujeto en tanto consumido por los objetos o bienes del "buen vivir", ya que apunta a causar la división subjetiva haciendo que el sujeto enfrente su goce y se responsabilice por él.

En este contexto es que nos preguntamos de qué forma responde un púber a todos los cambios que se le imponen, a la irrupción violenta de lo real propio de la pubertad, si la cultura que lo constituye y rodea lo empuja a la satisfacción inmediata, el no encuentro con la falta y por lo tanto con su deseo.

La pubertad confronta al sujeto con un real que irrumpe violentamente ante el cual tiene que responder, las palabras no le alcanzan para nombrar este surgimiento, es el frente a frente con la roca viva de la castración ya que justo en el momento en que está preparado biológicamente para la relación sexual se le impone el hecho de la inexistencia de la relación sexual, de la inadecuación entre los sexos.

Entonces el púber tiene que encontrar su manera singular de situarse frente a la castración a partir de haber tomado una posición respecto al deseo del Otro.

Los fantasmas que de niño había construido desfallecen, es un tiempo de verificación en donde revisa si el modo de gozar propio le sirve o no.

Para responder a todos estos cambios se debe poner otra vez en juego el significante del Nombre del padre ya que la pubertad es un momento de reedición de los significantes edípicos para producir (en el mejor de los casos) una separación al deseo materno, una invención singular, poniendo en juego un deseo propio más allá del mandato familiar y permitiendo un pasaje exogámico.

Esta respuesta hoy se ve dificultada por la declinación de lo simbólico, por lo que ella tiende a estar más del lado de lo promovido por la cultura, esto es del lado de la pulsión de muerte, del más allá del principio del placer.

Este funcionamiento lleva a que el principio del placer quede adormecido, no le permite sustituir, ligar, es decir aniquila los recursos del aparato psíquico llevando al sujeto a actuar automática e instantáneamente sin pensamiento, sin simbolización posible, es decir no le permite sustituciones, acercamientos a su deseo.

Este funcionamiento encaja muy bien con lo que propone el mercado: la satisfacción inmediata sin reflexión.

Esto trae aparejado que los nuevos modos de sufrimiento actuales en la pubertad tengan que ver con patologías del consumo en donde se manifiesta un taponamiento del deseo. Al quedar paralizado el deseo el aparato no cuenta con un recurso que le permita limitar el más allá del placer, el goce.

En estas patologías vemos cómo el sujeto no puede separarse del objeto porque no tolera el vacío, el cual intenta llenar compulsivamente, quedando él en el lugar de objeto del Amo capitalista.

Si bien hemos caracterizado a la posmodernidad como una época en que el sujeto no cree ya en el Otro, esto no implica que hablemos de que realmente haya una separación al deseo del Otro, lo que permitiría circular con un deseo propio.

En un nivel concreto de análisis el sujeto posmoderno está acostumbrado a que no hayan parámetros sólidos, una legalidad que oriente un camino, límites claros, grupos de pertenencia sólidos y en ese sentido podemos pensar que el sujeto posmoderno está muy separado del Otro.

¿Pero de que otro se está separado?, ¿del a? o ¿del A?, esto es lo mismo que decir con separación ¿a qué registro estamos aludiendo?

Lo que la investigación nos permite pensar es que la separación aludida es imaginaria, es más de nivel concreto, a un nivel más simbólico lo que orienta a los sujetos, lo que rige el funcionamiento de su aparato psíquico es el imperativo de goce, esto es la alienación al deseo materno ya que la función encargada de acotar el goce, es decir la función paterna opera con fallas significativas.

Entonces vemos que el púber responde al real de la pubertad en apariencia sin atenerse a ninguna ley, “separado” de sus padres, y los adultos en general. Lo que sucede es que en realidad se está cada vez más alienado a todos los discursos culturales que nos rodean, y esta aparente separación no es sino, una

fachada más, un velo imaginario entre otros de los tantos que circulan en la posmodernidad.

¿Será momento de romper el velo?, esta es una pregunta y una decisión que cada púber podrá o no hacerse en los diferentes momentos de su desarrollo.

Lo que si podemos afirmar es que esta pregunta, proviene de la simbolización, capacidad hoy deteriorada por lo que posiblemente será un punto ciego, no interrogado, entonces actuado, repetido.

Podemos pensar que la separación del discurso del Otro, el contacto con el vacío que permita una creación singular en el púber a partir de la reflexión están dificultadas en la época en que vivimos en donde el goce es la ley, la función paterna se ve debilitada y el espacio del deseo reducido, lo que deja a estos púberes mas en posición de objetos que de sujetos con pocas posibilidades de elección sobre su vida.

Por todas las razones expuestas constatamos que la cultura posmoderna obstaculiza la operatoria del significante del Nombre del padre dificultando la simbolización de lo real de la pubertad, lo cual confirma la hipótesis de esta investigación.

Sin embargo sostenemos que independientemente de la época el sujeto se encamina hacia el más allá del principio del placer, por lo que no pretendemos adoptar una posición en donde la responsabilidad de “todo” este en la posmodernidad, lo cual sería sostener un Otro absoluto, es decir pensar que en ella podemos encontrar todas las respuestas.

Contrariamente a esta posición se pretende cuestionar la responsabilidad subjetiva frente a la propia vida en un contexto actual caracterizado por un imperativo de goce.

BIBLIOGRAFÍA

- ✓ Aberasturi, A.; Knobel, M. (1974). *La adolescencia normal. Un enfoque psicoanalítico*. Buenos Aires: Paidós.

- ✓ Álvarez, P (2011, octubre). *Adolescencia*. Ponencia presentada en Postgrado de Actualización en psicoanálisis, Mendoza, Argentina.

- ✓ Amigo, S. (1998). *Notas sobre el despertar de la primavera*. obtenido el día 20 de octubre de 2011 en [http://: www.efba.org/efbaonline/amigo-01.htm](http://www.efba.org/efbaonline/amigo-01.htm).

- ✓ Ander Egg, E. (1998). *Reflexiones en torno al proceso de mundialización/globalización*. Buenos Aires: Lumen-Hvmanitas.

- ✓ Akesenchuk, R (2006). Del discurso capitalista y la Subjetividad plusvalor y plus de goce. *Psikeba*. Consultada el 10 de diciembre de 2011 en [http:// www.psykeba.com.ar/articulos/CBDiscursoCapitalista.htm](http://www.psykeba.com.ar/articulos/CBDiscursoCapitalista.htm)

- ✓ Barrionuevo, J. (2011). *Adolescencia y Juventud*. En prensa.

- ✓ Brodsky, G. (2011, noviembre). *La solución del síntoma*. Ponencia presentada en Postgrado de Actualización en psicoanálisis, Mendoza, Argentina.

- ✓ De la Torre, P (2008). Psicoanálisis aplicado. Padres y adolescentes. *Revista de Psicoanálisis, psicoterapia y salud mental*, p 1-11. Consultada el 10 de diciembre de 2011 en [http:// psi.usal.es/rppsm/originales.asp](http://psi.usal.es/rppsm/originales.asp)

- ✓ Fernández Moujan, O (1986): "*Abordaje Teórico y Clínico de la adolescencia*". Buenos Aires: Ed. Nueva Visión.

- ✓ Freud, S. (2003). *Obras Completas*. Buenos Aires: Amorrortu.
 - (1950 [1895]) *Proyecto de psicología*
 - (1950 [1892-99]) *Fragmento de la correspondencia con Fliess. Carta 52*
 - (1900-01) *La interpretación de los sueños*
 - (1905) *Tres ensayos de teoría sexual*
 - (1909[1908]) *La Novela Familiar de los Neuróticos*
 - (1911) *Formulaciones sobre los dos principios del acaecer psíquico*.
 - (1914) *Introducción del narcisismo*
 - (1915) *Pulsiones y destinos de pulsión*
 - (1920) *Más allá del principio de placer*

- (1923) *La organización genital infantil (Una interpolación en la teoría de la sexualidad)*
 - (1924) *El sepultamiento del complejo de Edipo*
 - (1925) *Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos*
 - (1930[1929]) *El Malestar en la Cultura*
 - (1931) *Sobre la sexualidad femenina*
 - (1932) *Angustia y Vida Pulsional.*
 - (1933 [1932]) *Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis. Conferencia 32: Angustia y Vida Pulsional.*
 - (1933 [1932]) *Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis. Conferencia 33: La feminidad.*
- ✓ Garzuzi, V (2008). [*Pubertad y adolescencia*]. Datos no Publicados.
- ✓ Gómez Alcalá, J (2011). *Psicoanálisis y sociedad de consumo. El diván*, 1-4. Consultada el 8 de Noviembre de 2011 en <http://blogs.periodistadigital.com/eldivan.php?cat=590>
- ✓ Imbriano, A. H. (2003). *La odisea del Siglo XXI efectos de la globalización*. Buenos Aires: Letra Viva.

- ✓ Lacan, J. (1953-1954) Seminario I. Los Escritos técnicos de Freud. Buenos Aires: Paidós.
- ✓ Lacan, J. (1955-1956) Seminario III. Las Psicosis. Buenos Aires: Paidós.
- ✓ Lacan, J. (1957) Seminario IV. La Relación de Objeto. Buenos Aires: Paidós.
- ✓ Lacan, J. (1957-1958) Seminario V. Las Formaciones del Inconsciente. Buenos Aires: Paidós.
- ✓ Lacan, J. (1959-1960) Seminario VII. La Ética del Psicoanálisis. Buenos Aires: Paidós.
- ✓ Lacan, J. (1964) Seminario XI. Los cuatro conceptos fundamentales del Psicoanálisis. Buenos Aires: Paidós.
- ✓ Lacan, J. (1966a). *El estadio del espejo como formador de la función del yo (je) tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica*. En Escritos I. Buenos Aires: Siglo veintiuno. Lacan, J. (1966b). *La agresividad en psicoanálisis*. En Escritos I. Buenos Aires: Siglo veintiuno.
- ✓ Lacan, J. (1966c). La significación del falo. En *Escritos II*. Buenos Aires: Siglo veintiuno.

- ✓ Lacan, J. (1988). El despertar de la primavera. En *Intervenciones y Textos II*. Buenos Aires: Manantial.
- ✓ La planche, J.; Pontalis, J. B. (2001). *Diccionario de psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.
- ✓ Lyotard, J.F. (1979). *La condición Posmoderna*. Buenos Aires: REI.
- ✓ Lipovetsky, G. (1986). *La era del vacío*. Barcelona: Anagrama.
- ✓ Lipovetsky, G. (1996). *El imperio de lo efímero. La moda y sus destinos en las sociedades Modernas*. Barcelona: Anagrama
- ✓ Miller, J.A. (1986). *Recorrido de Lacan*. Buenos Aires: Manantial.
- ✓ Miller, J.A. (2005). *El Otro que no existe y sus comités de ética*. Buenos Aires: Paidós.
- ✓ Mitre, J (2006). Sobre el Final de la adolescencia. *El sigma* [Versión electrónica]. [Fecha de Consulta: 8 de diciembre de 2011] obtenida en http://www.ms.gba.gov.ar/direcciones/Salud_Mental/archivos/Mitre.pdf
- ✓ Mitre, J (2011). El Ideal del Yo en la adolescencia. *El Psitio* [Versión electrónica]. [Fecha de Consulta: 10 de diciembre de 2011] obtenida en <http://www.elsigma.com/hospitales?page=2>
- ✓ Moujan, F. (1986). *Abordaje teórico y clínico de la adolescencia*. Buenos Aires: Nueva Visión.

- ✓ Negri, M.I. (2008). El paraíso ahora. En M Recalde, (Comp.), *Púberes y adolescentes* (pp. 81-85). Buenos Aires: Letra Viva.

- ✓ Obiols, G. A.; Di Segni de Obiols, S. (1993). *Adolescencia, posmodernidad y escuela secundaria. La crisis de la enseñanza media*. Buenos Aires: Kapelusz.

- ✓ Obiols, G. A. (1995). *Nuevo curso de lógica y filosofía*. Buenos Aires: Kapelusz.

- ✓ Obiols, G. A.; Di Segni de Obiols, S. (2002). *Adultos en crisis, jóvenes a la deriva*. Buenos Aires: Novedades Educativas.

- ✓ Orbach, S. (2010). *La tiranía del culto al cuerpo*. Madrid: Paidós.

- ✓ Páramo, M. A. (2009) Normas para la presentación de citas y referencias bibliográficas según el estilo de la American Psychological Association (APA), 5 edición. Documento de cátedra de taller de tesina. Facultad de psicología, Universidad del Aconcagua. Mendoza.

- ✓ Rabinovich, D. Teórico N° 2. Cátedra Psicoanálisis: Escuela Francesa. Facultad de Psicología, Universidad de Buenos Aires, Argentina.

- ✓ Rabinovich, D. Clase N°4. Cátedra Clínica de Adultos. Facultad de Psicología, Universidad de Buenos Aires, Argentina.

- ✓ Rabinovich, D. Clase N°5. Cátedra Clínica de Adultos. Facultad de Psicología, Universidad de Buenos Aires, Argentina

- ✓ Rabinovich, D. (1988). *El concepto de objeto en la teoría psicoanalítica*. Buenos Aires: Manantial.

- ✓ Rabinovich, D. (1993). *La angustia y el deseo del otro*. Buenos Aires: Manantial.

- ✓ Rabinovich, D. (1995). *Lectura de la significación del falo*. Buenos Aires: Manantial.

- ✓ Recalde, M. (2008). *“Púberes y Adolescentes, Lecturas Lacanianas”*. Buenos Aires: Grama Ediciones.

- ✓ Sikic, Ana Sol. (2011). *Los enigmas del deseo en la posmodernidad* (Tesina de grado). Mendoza, Universidad del Aconcagua. Facultad de Psicología. Dirección URL del documento: <http://bibliotecadigital.uda.edu.ar/184>. Fecha de consulta del artículo: 15/05/12.

- ✓ Sófocles. (2007) *Edipo Rey. Edipo en Colono*. 1ª ed. 1ª reimp. Buenos Aires: Gradifco.

- ✓ Stevens, A. (2007). *La clínica de la Infancia y de la adolescencia*. C.I.E.C. Córdoba: Colección Grilla.

- ✓ Tizio, H (2008). El enigma de la adolescencia. En M Recalde, (comp.), *Púberes y adolescentes* (pp. 123-127). Buenos Aires: Letra Viva

- ✓ Wainsztein, S.; Millán, E. G. (2000). *Adolescencia. Una lectura psicoanalítica*. Buenos Aires: El megáfono.

- ✓ Wedekind, F. (1891). *El Despertar de la primavera*. Barcelona: Edicions.